

LA HIJA DE LA MAGIA

M. L. Estefania



**¡Se decía que poseía todos los
secretos del Egipto milenario!**



LA HIJA DE LA MAGIA

M. L. ESTEFANIA

LA HIJA DE LA MAGIA

1.^a EDICIÓN
FEBRERO - 1956



EDITORIAL BRUZUELA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

91 — Jonhny Richmond. 96 — Cachorro de pistolero. 122 — Pueblo de ventajistas. 148 — El pistolero del Sudoeste. 151 — Seis cartuchos. 161 — Nido de *gun-men*. 165 — El imperio del «Colt». 414 — Trabajo para Mr. Death. 419 — Torrente de plomo.

En Colección BUFALO:

112 — Nacidos para la horca. 118 — Pistoleros en el río.

En Colección PANTÉRA:

51 — Rural y pistolero. 61 — La herencia del «Colt».

En Colección CONGO:

1 — Las joyas sagradas. 5 — Bulane. 9 — La Pitonisa. 12 — Tragedia en la selva.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

LA HIJA de la MACIA

POR
M. L. ESTEFANIA



CAPÍTULO I

—Todos estos son los documentos que se han podido reunir, después de varios siglos de minuciosa búsqueda, en los archivos de El Cairo y Alejandría sobre la «expulsada de Tebas». Es como ves, una labor paciente de toda una generación de «ratas de biblioteca». Mi abuelo aseguraba que sabía perfectamente dónde se detuvo la embarcación que llevaba a la belleza de Tebas con su carga de alhajas como no se ha vuelto a ver otras en el mundo de igual belleza y valor. Las primeras leyendas, como verás si tienes paciencia para leer todo eso, aseguran que llevaba todas las fastuosas alhajas de los Ramsés. Y esto no se niega en ninguna de las leyendas que siguieron.

—Se han hecho muchas tentativas para encontrar estas alhajas, ¿verdad?

—Es uno de los tesoros más buscados. Y hasta creo que, más que el valor inmenso que en sí han de representar por los dramas que están encadenados a ellas como un rosario de episodios fantásticos para nuestra actual mentalidad, está el orgullo de haber sabido descifrar el enigma que ha robado tantas horas a investigadores famosos. Es algo así, como si consiguieras resolver un crucigrama en el que han fallado los más eruditos y cultos.

—Pero ¿cuál es tu opinión?

—No la he formado todavía... y eso que llevo, encerrado en este despacho, varias semanas de lectura y meditación. He ido separando aquello que es obra de imaginación nada más y lo que resulta labor de viajero. Se han resistido la mayoría de los que trataron sobre esto a admitir que la embarcación que llevaba a la bella griega pudiera salvar ninguna de las cinco cataratas del Nilo. Y no admitiendo esto, la Griega no pudo salir de Egipto y hasta se debió quedar en el Imperio de Tebas. Pero de haber sido así, hubiera sido hallada y la habrían degollado, según la sentencia del Emperador. Las cataratas pueden remontarse, aunque no sea por el río... Nadie describe la embarcación y bien pudiera tratarse de una pequeña, o de varias de este tipo en las que fuera todo el séquito, que dicen algunos tratadistas acompañaba a la bella griega, que dominó el imperio con su belleza, superior a la de Cleopatra. Si eran pequeñas embarcaciones, pudieron sacarlas del agua en cada catarata y volver al líquido elemento una vez salvadas aquellas...

—Es justo, desde luego, lo que dices.

—Si admitimos esto, no podemos limitar la búsqueda de las huellas a una zona tan limitada como hicieron muchos y en tierras casi desérticas, donde como es natural, tenían que suponer que no se prestaban a refugio de fugitivos. Los emisarios del Emperador les buscaron con afán para que esas alhajas volvieran al palacio. Y no hallaron el menor rastro de los expulsados... Esto indica que se habían alejado mucho. El Emperador, considerando una cuestión de honor este asunto, ofreció primas tentadoras y amenazó con los castigos más enormes... El resultado fue completamente nulo.

—Eso es que se habían alejado demasiado para que lo admitieran como posible los emisarios.

—De acuerdo. Esa es mi teoría... Pero estoy un poco confuso, porque el resultado a que llego, después de estas semanas de encierro, no es nada lógico ni admisible. He estado unas semanas en Roma y en el archivo de las misiones que desde el siglo pasado se han ido estableciendo en el Continente Negro, he leído cuanto se ha escrito sobre los pueblos que se iban descubriendo.

—¿Y no has encontrado nada de interés?

—Relacionado con esto, nada. Nada que sea lógico. Sin embargo, encontré algo que es la causa de que me haya metido estas semanas aquí... Pero no tiene la menor relación, por lo menos desde el punto de vista del sentido común.

—Explícate...

—Prefiero esperar unos días a que leas todo esto. No quiero influenciar tu espíritu con mi relato y suposiciones. Has de deducir

tú mismo...

—Es mejor que empieces por decir lo que has supuesto para que yo siga la lectura...

—¡No! Estarías de acuerdo conmigo... No es eso lo que quiero.

—Es que no es de amigos lo que me pides...

—Pero es muy importante para mí saber qué es lo que opinas sin estar influenciado por mí.

—Es que se trata de una labor de semanas...

—¡Ya lo sé! No tenemos prisa...

Los dos jóvenes que charlaban fueron interrumpidos por la llegada de una joven, que era la hermana del dueño de la casa.

—Supongo que no te dejarás envenenar por este con su maleficio de África.

—Lo estoy hace tiempo... —respondió el aludido sonriendo.

—No sois jóvenes de esta época... Tienen razón las amigas en lo que se refiere a mi hermano... Ha debido nacer dos siglos más atrás...

—Mira, Lucy, sabes que no es posible nos pongamos de acuerdo; pero, así como yo no me meto en si vas a esta reunión o a la otra, en la que os juntáis una serie de ejemplares absurdos para mí, procura dejar tranquilos a mis libros y pergaminos o papiros... Te aseguro que gozo más con ellos que lo que tú puedas hacerlo con esos jóvenes de escaparate... Traje último modelo, corbata surrealista, perfume femenino...

—¡Calla! ¡Está bien!... Tenéis preparado el té. ¡Ah!... ¡Y mucho cuidado! Tenemos invitados... Tienes que portarte bien... No me gusta tu modo de hablar a veces.

—¡Ya sé que lo que no quieres es que diga lo que pienso! ¿Cuándo te vas a convencer, hermanita, de que no puedo ser como ellos? Dices que me llaman «el ogro», ¿no es eso? Pues deja que sigan llamándomelo... pero no me tortures con tener que soportar a esos amigos tuyos. Sírvenos aquí a Jack y a mí.

—Hay dos chicas que son monísimas. Tal vez Jack no piense como tú... Además, ya les he dicho que estáis aquí...

El hermano de Lucy miró compungido a Jack, se encogió de hombros y dijo:

—¡Ave César...!

—¡No es para tanto! —exclamó riendo Lucy.

En el saloncito coquetón y amueblado con lujo y gran gusto, había dos muchachas jóvenes y realmente bonitas. Junto a ellas dos hombres de edad parecida, conocidos de ellos.

Los saludos de rigor y una de las jóvenes, dirigiéndose a

Richard, el dueño de la casa dijo:

—¡Me han dicho cosas tuyas tan interesantes que tenía deseos de conocerte!

—Y ¿qué te parezco? —inquirió riendo Richard.

—Como hombre... quizá un poco demasiado guapo... Perfectas las facciones y un gran tipo de atleta... Pero no es eso lo que me interesa... ¡No te rías! Me han hablado de un ogro... que dice lo que piensa, sin pensar en lo que suceda al hablar así... Y eso es lo verdaderamente interesante. Odio la hipocresía. Detesto la mentira. Y no creía que hubiera en estos tiempos quien, viviendo en tu ambiente, sea como dicen que eres tú...

Richard sonreía complacido.

—Me agrada que no seas como todos estos... Bueno, Jack, es un poco a mi manera. Porque no sé hablar de las cosas que son interesantes para ellos. Mi conversación resulta, por lo tanto, aburrida para estos... jóvenes del día.

—¿Es que te consideras viejo? Pues lo disimulas muy bien —dijo la joven.

—No es la edad lo que importa en las personas, sino su modo de pensar.

—¡De acuerdo!... ¡Creo que vamos a ser magníficos amigos! —exclamó gozosa la joven—. Vivo en una tierra donde la Naturaleza impone su ley, en la que la mentira no tiene lugar... He venido a pasar una temporada con mis tíos. Me refiero a África... Allí todo es gigantesco.

Richard sonreía de buena gana.

—¡Es curioso! Soy un verdadero fanático de ese Continente y estoy proyectando una expedición más. He viajado mucho por allí... ¿dónde vives?

—En Uganda... Mi padre es el Gobernador.

—¿Conoces el bantú, basuto, fangs...?

—No sigas —interrumpió la joven.

Y empezó a hablar en bantú y en basuto mezclando ambos idiomas.

Richard respondió y estuvieron hablando y riendo unos minutos, hasta que Lucy tosió dos veces.

—¡Oh! No me daba cuenta de que estamos en sociedad... —dijo cómicamente Richard.

—Debéis perdonarme —dijo la joven—. Es para mí una sorpresa, tan agradable poder recordar África y hablar en este idioma, que es musical, aunque os parezca lo contrario, que me olvidaba de las conveniencias que os encadenan... ¡Me encanta tu

hermano, Lucy! Y hasta me parece que me voy a enamorar de él...

Los otros se miraron sorprendidos.

—Ese es un lenguaje que no debes emplear aquí. Pero te diré que estoy de acuerdo contigo... Eres la única mujer que he conocido de la que considero un honor ser amigo... ¡Y estoy seguro de que nos vamos a enamorar!

—¡Estamos asustando a estos! ¿Por qué no vas a buscarme mañana?

La prima de la que hablaba empezó a toser.

—Debes cuidar esa tos, primita y no hacerme despertar. Soy feliz por primera vez, desde que he llegado a Londres... Y no te ofendas por estas palabras. Las atenciones de tu casa también me hacen feliz, pero en otro sentido...

Lucy habló para que los otros pudieran intervenir.

—¿Quieres que salgamos al jardín? Me parece que aquí estamos un poco descentrados nosotros —dijo Richard.

—¡Encantada!

—¡Maud! —dijo su prima.

—¿No irás a poner en duda que soy un caballero? —dijo Richard.

—Es que ninguno de los dos os dais cuenta de que la etiqueta tiene sus leyes...

—Recuerda que soy un ogro. Lo has dicho muchas veces. Vamos, Maud, no hagas caso... y ya sabes que nos dejarán sin piel así que salgamos.

Maud reía. Y lo mismo Jack, que estaba gozando con la situación creada por la actitud de los dos jóvenes.

* * *

—He leído todo esto, Dick —dijo Maud un mes más tarde —Y te voy a decir, durante un paseo, lo que pienso de todo ello. ¿Vamos? Me parece que vamos a matar a Lucy a disgustos... Creo que se habla en Londres muy mal de los dos...

—Me parece que estamos de acuerdo en que no nos importa nada lo que puedan decir, ¿no es eso?

—Por fortuna no está mi padre aquí, pero me parece que le han escrito para que me llame. Pero también lo he hecho yo, diciendo que no quiero ir porque me estoy enamorando de ti y no quiero separarme aún. Mi padre hará lo que yo le pida, porque en el fondo, es como tú y como yo. ¡Le encantará conocerte! Le he escrito mucho sobre ti... Y le digo que pronto te conocerá porque vas a ir

conmigo...

Apareció Lucy en el despacho.

—¡Hola, Torquemada! —exclamó la muchacha—. No temas, no eres inoportuna...

—Estáis alborotando a todo Londres... Esta se pasa las horas en casa y la gente no sabe si es que lee todo eso de las alhajas de la Griega...

—Pero lo sabemos nosotros, ¿verdad? Y eso es lo que importa —dijo Dick.

—Hay que vivir con el mundo... ¿Sabes quién ha telefoneado que viene?

—¡No lo sé, ni me importa!

—¡La tía Flos! Me ha pedido que te ruegue la esperes...

—¡Ah! Creí se trataba de otra persona... A la tía Flos la quiero de veras. Esperaremos... Quiero que conozca a Maud...

—¡Si yo no te hubiera hecho acudir a tomar el té aquel día...!

—En cambio, yo te lo agradeceré siempre —replicó Dick a su hermana.

—¡Es que habéis armado una verdadera revolución en la ciudad...! Me miran de un modo cuando me encuentran los amigos en la calle...

—¡Les da envidia nuestra manera de ser y tienen miedo a imitarnos!... —dijo la muchacha.

—¡Tus tíos están asustados! Es posible que hayan escrito a tu padre...

—¡Estoy segura de que lo han hecho! Pero no me marcharé hasta que Dick haya preparado su expedición... Iremos juntos hasta África... Puedes decirlo a tus amigos para que el escándalo sea mayor.

—No es que sea mala, es que estás loca —exclamó Lucy, saliendo.

—Si fuera ella la dueña de esta casa, me echaría de ella —decía Maud.

—¡No lo creas!... Está contenta de que me enamoré de ti, porque te aprecia. Y sabe que con otra yo no sería feliz...

Minutos después llegó la tía Flos.

Era una mujer de sesenta años, que se conservaba bastante bien.

—¡Veamos a esta muchacha que ha armado tanto jaleo en Londres!

Y la anciana se colocó los «impertinentes» para mirar a Maud.

—¡Vaya! ¡Es guapa de verdad la condenada! ¡Ya sabía yo que mi sobrino Dick sabe elegir! Eres hija de Tom Hendick, ¿no?

—Sí —respondió Maud.

—Tu padre no era un ñoño como otros de su época. Supongo que él te ha enseñado a ser como me han dicho que eres... Tenéis asustados a todo Londres... Dicen que no sales de este despacho desde hace unas semanas...

—Ha estado leyendo lo de las alhajas de la Griega —dijo Dick.

—También lo he leído yo —dijo la anciana—. Tu hermana, Dick, está asustada de lo que se habla en Londres...

—Y tú, tía, ¿qué piensas?

—Que, si estáis a gusto y no molestáis a nadie, hacéis bien. Son los envidiosos los que hablan y comentan... Tengo confianza en mi sobrino y esta muchacha me agrada... ¡Adelante muchachos! Haced rabiar a Londres...

Dick se abrazó a la tía Flos, que le tendía los brazos riendo.

—¡Ven aquí, muchacha! Abrázame... Y no te preocupes de lo que digan en la ciudad... Tenéis que vivir para vosotros y no para los demás...

—¡Tía Flos! ¡Debes de estar loca para hablar así a estos dos! —dijo Lucy.

—Siempre he dicho, como mi sobrino, lo que pienso. Eso es lo que ha hecho que tenga fama de loca... ¡Me gusta esta muchacha! Me gusta mucho. Ahora te la quito, Dick... Me la llevo conmigo... Vamos a pasear por Londres para que vean que estoy de acuerdo con mi sobrino.

—¿Quieres que os acompañe? Se ofreció Dick.

—¡Me encantará!... Habrá venta extraordinaria de sales...

Y la vieja aristócrata reía a carcajadas.

—¡No debes hacer eso! —decía Lucy.

—Lo que tienes que hacer es encontrar un hombre como tu hermano y pensar en casarte... Ya va siendo hora —respondió la anciana.

Salieron los tres de paseo en el coche de la tía Flos.

Hablaron en el coche de lo que había deducido Maud de la lectura de los papeles cedidos por Dick.

—Si seguimos en un gráfico el Nilo, veremos que pueden haber llegado entonces como ahora, hasta Uganda... Y por eso no encontraron a los fugitivos los emisarios del Emperador. No podían imaginar que hubieran llegado tan lejos. Y esto armoniza con leyendas que he oído entre los bantúes de ciertos amuletos brillantes que les preservaba contra los males... Es propiedad de la tribu y nadie los ha visto que no pertenezcan a ella... —dijo la muchacha...

—¿Es cierto que has oído leyendas de ese tipo? —preguntó Dick.

—Hay canciones que se refieren a tales piedras brillantes y tú sabes que ellos tienen su historia en las canciones y en las danzas...

—Es difícil que se conserve durante tantos años... —repuso Dick.

—Ellos lo habrán conservado de generación en generación. Hay otro dato que me inclina creer que hay parte de esas alhajas en Uganda... Y que existe en Uadelai, en un poblado junto al río, una mujer a la que llaman H'rabi M'lamu que dicen es tan blanca como nosotros. Ya sabes qué quiere decir ese nombre: la hija de la gran magia. No comprenden que pueda ser blanca más por lo visto lo han sido todas sus ascendientes... ¿No será la perpetuación de la famosa Griega?

Dick quedó pensativo; luego dijo:

—Iré a conocer a esa H'rabi M'lamu.

CAPÍTULO II

Es un espectáculo único en el mundo, ver pescar a los wagenias en las mismas cataratas del lago Alberto.

La pesca se hace de modo natural; esto es, cae por propia voluntad y empujada por la rapidez de la corriente hasta la serie de postes colocados muy juntos unos de otros en la misma catarata.

Lo emocionante es ver cómo llegan hasta ella para recoger el fruto de su habilidad o astucia a unos hombres metidos en una canoa de unos ochenta pies de larga y poco más de tres de ancha.

Saltan entre la espuma y rozando las rocas que abrirán la panza de madera como si se tratara de un cuchillo en manteca, y se acercan a la catarata para, con movimientos de una exactitud de milímetros, quedar atravesada y sujeta en una roca que queda sobre el precipicio por el que el agua cae con ruido escalofriante.

Maud había visto pescar a estos indígenas más de una vez. Y una de ellas vio caer la canoa con todos sus ocupantes por el torrente acuoso. Pero estos resultaron milagrosamente ilesos y buenos nadadores, llegando a la orilla sin más daño que la pérdida de la canoa, para insistir nuevamente con otra embarcación similar a la perdida.

De la habilidad asombrosa de estos remeros, así como de su bogada contra corriente, tendrían que aprender mucho los remeros que en Europa presumen.

Jack admiraba el espectáculo y más admiró después, la capacidad de estómago de esos seres que engullían libras de entrañas de peces.

—Es un pueblo que se pasa la mayor parte de su vida en el agua —decía Maud—. De nada sirven las reconvenciones de los empleados de mi padre. La ropa es para ellos un estorbo y solo las doncellas, como veréis, usan un cordón a la cintura, del que penden unos abalorios que se mueven al desgaire. No tienen el mismo concepto del pudor que nosotros... Y hay veces que les admira y hasta creo que esa despreocupación les hace ser menos malos en tal aspecto. Nadie se preocupa de nadie.

—Es la primera vez que estoy por aquí y eso que he pasado cerca —decía Dick.

—Es un pueblo muy curioso... Los misioneros, que son los que mejor han estudiado esta raza, dicen que cuando triunfaron en su

lucha con las aguas, saltaron de alegría hombres contra hombres, mujeres contra mujeres y niños contra niños que es el origen de lo que empezó siendo una danza y hoy es una lucha a muerte, llamada «Kobubu». No se sabe cómo ha ido degenerando esta danza hasta convertirse en un terrible duelo en el que uno de los contendientes ha de morir necesariamente a manos del otro. Quizá por eso, son terribles luchadores.

Cuando el safari llegó al poblado, fue recibido con todos los honores por el jefe del mismo que, por conocer a Maud y saber que era la hija del Gobernador, la recibió afable, a su modo.

Pidieron autorización para instalar el campamento en sus terrenos y cruzar por ellos.

Permisos ambos que les fueron concedidos con agrado.

—Si no pedimos permiso, nos combatirían a muerte, pero de este modo, tendremos en ellos unos magníficos aliados —decía Maud.

En el campamento, no faltaba nada para hacer agradable la estancia durante la noche, aunque ello suponía un número muy elevado de porteadores.

Las carreteras no existían en la selva y tenían que aprovechar los túneles que en aquella maleza tan tupida, hacían los elefantes a su paso periódico.

Las lianas gigantescas y fuertes, con las que los indígenas construían puentes para cruzar los ríos caudalosos, formaban una barrera a veces que había que cortar con machete.

Las noches, al descender muchos grados la temperatura, se ponían frescas después de unos días de asfixia.

Maud llevaba a su lado a un indígena que portaba el rifle y fusil para uso de ella.

El fusil para el empleo a distancia y el rifle de repetición y rápido para las piezas más próximas.

Tenía fama de ser una buena tiradora, cosa no extraña si se piensa que no había hecho otra cosa en su vida, si se exceptúa la lectura, que era su verdadera debilidad.

El jefe del poblado fue invitado por Maud para pasar unas horas con ellos en el campamento.

Hablaron del «bongo», el animal llamado así como a los antílopes en general, pero se referían al más astuto de todos ellos.

Para los indígenas, no se podía perseguir al «bongo» porque estaba ayudado por los dioses y castigarían al que hiciera mal a uno de ellos.

Esta era la razón por la que no se ven en los parques zoológicos

civilizados ejemplares de soli. Para capturarles hay que contar con la ayuda de los indígenas; pero estos se resistían a hacerlo.

Como no habían pedido permiso para matar animales mayores, debían concretarse a dejarlas si las encontraban y no se veían atacados por ellas.

El hombre blanco no conseguía del indígena el respeto a los leones y los leopardos por temor a que se acabaran. Para ellos eran sus enemigos naturales y cuando se acercaba uno a su poblado, rastreaban las huellas y no cesaba la persecución hasta no dar fin de él.

Se llevaban o destrozaban el ganado y más de un niño había desaparecido por la visita de estos animales feroces.

Eran especialistas en preparar trampas para que cayeran en ellas los merodeadores del poblado.

A la mañana siguiente, levantaron el campamento y los tres blancos del safari se despidieron del jefe hasta la vuelta, regalándole un poco de sal, que era el obsequio más valioso para el indígena y tabaco a aquellos que no lo cultivaban.

El caminar, con tanto hombre cargado, había de ser necesariamente lento. La selva se encargaba a su vez de hacer penoso el camino.

Un grupo de seis indígenas iban en cabeza demostrando su habilidad con el machete para dejar paso libre, aunque muchas veces era necesario inclinarse para poder pasar por ellos.

Los monos saltaban sobre las ramas de los árboles, siguiéndoles en la marcha con sus constantes chillidos que acababan con el sistema nervioso de los no habituados.

Cuando el «bumbini» (león) lanzaba su terrible rugido, se detenían los indígenas a quienes imponía un respeto rayano en el terror.

Pero es sabido que el león no ataca a no ser que se encuentre con el hombre en un paso, donde no sea fácil para él desviarse.

Comida le sobra en abundancia y, no estando hambriento, huye del hombre por instinto, aunque como todas las fieras, es curioso.

Cuando se oía el rugido, los porteadores dejaban la carga en el suelo y miraban al hombre blanco en el que confían siempre.

Entonces, el jefe del safari que se precie y si quiere ser respetado, debe adelantarse a los demás para explorar el terreno.

Los rugidos de los «bumbines» se oían lejanos, lo que indicaba que huían al oír el rumor que hacían los machetes al hendir la vegetación y el siseo de la hierba al paso de los cuerpos que la rozaban.

Caminaban con la mirada en el suelo, donde acechaba el mayor enemigo de ellos: la serpiente en cualquiera de las cien variedades que vivían allí.

Las que guardaban veneno en sus colmillos, eran las más traidoras y no eran como las fieras que necesitan verse acorraladas o ser provocadas para atacar. Ellas atacaban sin provocación previa.

Diríase que les molesta el ser perturbadas en su reposo o en su espera paciente para cazar al enemigo del que se alimenta.

Los que iban en cabeza, se detuvieron ante una de las gargajeadoras, la terrible cascabel, cuya mordedura termina con la vida de un búfalo en unos segundos nada más.

Su astucia la lleva a hacerse la muerta para inspirar confianza y atacar por sorpresa y con éxito, con una rapidez de mecanismo y una seguridad de astronomía.

Se trataba de un buen ejemplar de unos veinte pies de largo. Una de las mayores que se daban allí. Estaba enroscada sobre sí, en su mayor parte.

Dick pidió al indígena su pequeño fusil ametrallador.

Le apuntó con serenidad y oprimió el gatillo haciendo que el cuerpo de la terrible serpiente saltara a impulsos de las balas que le rompían el espinazo.

Las contorsiones del oficio fueron pequeñas, lo que: indicaba que había sido muerta.

Los indígenas reían complacidos.

Dick sabía que se había ganado la confianza de todos.

Dos días después, tras descansos nocturnos, en los que los indígenas oían asombrados la radio que llegaban, llegaron a otro poblado.

Cuando estaban hablando Dick y Jack con los emisarios del Jefe, vio Maud entre risas que no podía contener, las contorsiones de los que hablaban hasta salir corriendo para lanzarse al río, que estaba cerca.

Sabía cuál era la causa de todo eso, pero no dejaba de reír por lo cómico que había resultado.

—¡«Dodo»! Mensahib —gritaban los indígenas retrocediendo.

Designan con la palabra «dodo» a todos los insectos, pero en especial a las hormigas que eran las causantes de ese espectáculo tan hilarante.

Es preciso pasar por ello, para comprender lo que supone la ascensión artera de miles de pequeños bichos por las piernas sin que se dé uno cuenta de ello y a una señal del que hace de jefe, esos millares de bocas se clavan en la carne produciendo un escozor tan

agudo que no hay medio de controlar los movimientos.

Es el agua uno de los mejores antídotos.

Pero a los pocos minutos, salían del agua los que se habían lanzado.

Una perfecta flota de caimanes navegaba rumbo a los bañistas y siempre era preferible la boca de las hormigas a ser presa de la terrible dentadura de los lagartos de agua.

Maud cogió su rifle y apuntó al caimán que iba en cabeza para disparar rápidamente sobre los que le seguían.

La agitación del agua era enorme.

Los heridos se zambullían entre sacudidas de sus grandes cuerpos conchosos. Huían desesperadamente por el olor de su sangre, ya que los otros arremetían furiosos contra sus hermanos, sin el menor respeto al parentesco.

Dick se acordó que llevaba una «dawa» (botica) contra las hormigas, que olvidó utilizar.

Cuando se hubieron embadurnado las piernas todos los del safari, las hormigas desaparecieron o cayeron muertas.

Los indígenas se resistían a darse esa botica, pero Dick, para convencerles, se descalzó una de las botas y, después de frotar bien con el preparado dedetesco, puso el pie desnudo sobre el hormiguero.

Las hormigas huían desesperadas de ese pie, haciendo reír a los salvajes, que dejaron entonces que les frotaran con el preparado.

También les libraba de los mosquitos, que es otro de los enemigos de la selva.

Como los indígenas del poblado habían visto la demostración que hizo Dick, le pidieron que frotara sus piernas también.

Cuando lo hizo Dick, iban como los chiquillos, buscando hormigueros.

Y reían gozosos al ver que las hormigas huían desesperadas de ellos.

El jefe del poblado, al conocer estos hechos, recibió al safari con respeto.

Dick le regaló un frasco, diciéndole cómo debía usarlo.

Encontraron toda clase de facilidades y les regalaron racimos enormes de plátanos, que agradecieron haciéndoles los honores y comiendo en cantidad, con lo que el jefe quedó sumamente complacido.

Es el mayor honor para el salvaje que, cuando entrega algo, se coma en su presencia.

También les ofreció una buena cantidad de cocos.

Estos eran la reserva de agua en la selva.

Maud dijo que se hiciera funcionar la radio, y los salvajes corrieron asustados al principio.

Dick sintonizó emisoras del Congo que hablan en indígena y poco a poco se acercaron los indígenas para escuchar con los ojos muy abiertos por el temor.

Gran torpeza la de Maud.

Porque el jefe pidió la radio para él y como no se la podían dar, se enfadó con ellos y si no hubo pelea se debió al temor que les producían unos seres que tenían cosas tan extraordinarias para ellos.

Dick les dijo que estaba en su mano hacer que aquello con que se habían embadurnado las piernas se convirtiera en atracción de hormigas y serpientes.

Esto les asustó tanto que no pasó nada más, pero recriminó a Maud su idea descabellada de hacerles oír la radio.

Ella aseguró que no volvería a suceder.

Marcharon de allí sin dejar los amigos que habían dejado en el otro poblado.

Y aún tuvieron que caminar vigilantes para que no les atacaran en plena selva.

La montaña y la jungla les cerraban el paso.

Maud no sabía el camino a seguir, porque no había estado nunca en Uadelaí.

Se hallaban cerca del río, caudaloso en esa parte. Y libre de cocodrilos, lo que les permitió bañarse a todos... Menos los indígenas, que no lo hicieron, como era costumbre en ellos.

Solamente se bañaban en los ríos que les eran familiares.

Tenía noticias ella de que se hallaba el poblado en la orilla de ese mismo río, que no era otro que una de las fuentes del Nilo.

La montaña que tenían ante ellos era muy alta y supuso Maud que la población en que habitaba M'rabi M'lamu estaba al otro lado.

No podían entretenerse en construir embarcaciones y remos.

Había que ascender con todas las dificultades que supusiera.

La muchacha dijo a Dick:

—Me parece que seremos los primeros que vamos a trepar por aquí. Ningún ser humano ha debido poner sus plantas en esta montaña. Y debe haber muchas fieras, porque no se ve el «bongo»... Es el alimento preferido de las reses mayores y su ausencia indica que es una zona peligrosa para ellos. Buscan las zonas más abiertas, donde su rapidez vence a la del león y el leopardo.

Se oía desde el campamento el mover de la maleza por los jabalíes gigantes que poblaban la selva, los búfalos y, sobre todo, los elefantes, que eran los que más ruido hacían a su paso.

Se decidieron al fin y empezaron la labor los macheteros.

La maleza cedía al corte de las armas. Pero el avance era muy lento.

Hicieron un alto antes de la noche porque estaban cansados los que abrían paso.

El frío era más intenso esta vez y se encendieron hogueras, con gran cuidado de que no se extendiera el fuego al bosque.

Los árboles iban cediendo en altura, pero aún eran corpulentos y altos.

Cerca del calvero, pasaba una caravana de «bilulus» (hormigas gigantes) que por pura casualidad no interceptaron, con lo que se hubieran creado una dificultad, ya que ignoraban si el insecticida de que disponían tenía eficacia contra ellas.

Para salir de dudas, cogió un poco de líquido del frasco y acercándose con mil ojos, vertió un poco sobre la caravana.

El efecto fue fulminante: las que resultaron mojadas quedaron muertas y las otras corrieron en todas direcciones.

Esto hizo sonreír a Dick, porque las «bilulus» eran sin duda alguna el peor enemigo de África.

Maud, que le había visto operar, le dijo:

—Es una tranquilidad contar con esa ayuda... No me ha picado un solo mosquito desde que nos dimos eso... Y por aquí hay mucha tsé-tsé. Se dan casos de enfermedad del sueño... Ya ha trasladado mi padre a varias tribus para combatir la enfermedad. Ha pedido aviones para que fumiguen esa zona con D.D.T. Pues se trata de la más rica para una agricultura que puede explotarse.

—Han debido hacerlo ya —dijo Jack.

—No es mucho lo que se preocupan de África —comentó Maud.

A la mañana siguiente continuó la ascensión.

Y tres días más necesitaron para llegar a la cumbre.

El frío era casi insoportable y encontraron una capa muy fina de escarcha que no desapareció ni durante el día, a pesar del sol.

Los indígenas se pasaban las horas al lado de las hogueras.

El poblado, de existir bajo al monte, quedaba oculto por la espesa jungla.

El descenso tenía la misma dificultad que la subida.

Pero como la temperatura iba aumentando, se soportaba mejor.

Hasta Dick echaba de menos el calor agobiante de la llanura y el desierto.

Y al estar cerca del río, cuando le veían titilar a la luz del sol, descubrieron las chozas circulares de un poblado.

—Ya estamos cerca de esa mujer... —dijo Maud.

Y rio satisfecha.

CAPÍTULO III

Eran contemplados con curiosidad por los habitantes del poblado.

Ninguno de ellos se atrevía a preguntar por la mujer que tanto interesaba a Dick.

Este había oído hablar de ella a un misionero en Roma. Por eso, cuando Maud dijo que existía esa mujer, hubo de coincidir con ella.

Pasarían de cincuenta las chozas que había.

Intervenía la tierra mojada y mezclada con hierbas en la construcción de las mismas.

Era un pueblo relativamente civilizado, en el que había plantaciones y cultivos privados.

Esto era una sorpresa para Maud.

Les saludó uno de los que formaban el concejo elegido por la mayoría en unas elecciones celebradas poco tiempo atrás.

Le hablaron a Dick en casi correcto inglés.

Se dio cuenta en el acto de que estaba en el país de los mangabetos.

Dependían de uno de los sultanes más feroces que ha habido en África, cuya historia había leído en varios libros de exploradores y misioneros.

Sin embargo, este soberbio y tirano salvaje, había sido vencido y engañado por un capitán belga cuando estaba en rebeldía con todos los vecinos.

Este capitán, que solamente contaba con un pequeño puñado de hombres, no podía luchar con los infinitos súbditos de M'Bío. Entonces ideó una treta en la que, jugándose la vida, había la posibilidad de conseguir la sumisión al rey de Bélgica de aquel hombre tan duro y tirano.

Era el único gran rey de los negros que no contaba con la protección de uno de los países civilizados.

El capitán sabía que, si le cogían prisionero, sería llevado ante el tirano, que no había querido recibirle en audiencia tres semanas antes.

Y este M'Bío tenía la costumbre de hacer «ben-que» con sus prisioneros.

«Bengue», consistía en meter una gallina famélica; en un granero lleno de maíz. Si la gallina salía con vida, perdonaba la del

prisionero; pero si moría, que era lo más probable dado el estado de debilidad del ave, moría también el prisionero.

Se lanzó contra los hombres del sultán armando más ruido que daño, y fue capturado con sus hombres y llevado a presencia de M'Bío.

Este, reunido ante los jefes de sus provincias, hizo «bengue» y la gallina murió, con lo que quedaba decretada la suerte del capitán. Pero este, que lo tenía previsto y que, por el cálculo del tiempo transcurrido se daba cuenta de que era conveniente precipitar las cosas, dijo al sultán, ante el asombro y los gritos airados de los testigos, que era un sultán de pacotilla cuando necesitaba del «consejo» de una gallina moribunda para disponer de la vida de los prisioneros.

El sultán, que no estaba acostumbrado a que le hablaran así, ordenó silencio.

—¡Los hombres sabios y fuertes hacen «bengue» nada más que con la luna! —dijo entonces el capitán—. ¿La veis? Pues con unas palabras mías, puedo hacer que la luna muera de muerte lenta... Y M'Bío también morirá de muerte lenta, de la que no habrá quien le salve... Solamente se salvaría si hiciera acto de sumisión a mi rey y se declarara hermano de sangre y de lucha con él...

Esto había dicho en el momento en que la luna iniciaba un eclipse, que conocía el capitán por los calendarios.

—¡Yo puedo hacer que la luna resucite y que el gran M'Bío no muera!

Al ver que la luna desaparecía, quedando en la oscuridad más absoluta, tembló el sultán, que dijo se sometía al rey del hombre sabio.

El capitán pronunció las palabras ceremoniosas que permitirían vivir a M'Bío y resucitar a la luna.

Dick recordaba esa anécdota de un capitán inteligente y audaz.

Pero M'Bío traicionó años más tarde a los belgas, asesinando a cuatro, y buscó la protección de la Corona inglesa.

El sultanato de M'Bío era muy extenso y llegaba hasta el Kenia por el Este y al Sudán, a través de Uganda, por el Norte.

Tenía muchos sultanes bajo su mandato y obediencia.

Uno de estos era el que gobernaba Uadelai, y dijo que se llamaba Mangara.

Al saber que Maud era la hija del gobernador, la trató con toda clase de consideraciones y preparó un verdadero banquete, con fiesta final en su honor.

Debía tener unos cuarenta años y se había casado treinta y seis

veces.

Todas sus mujeres tomarían parte en el banquete atendiendo a los invitados.

Sus hijos eran innumerables, y a veces se enteraba de su nacimiento con algunas semanas de retraso.

Dick dijo a sus amigos que se encontraba violento en aquel territorio, que era de lo más poblado del África Central.

Cosechaban maíz, tabaco, azúcar de caña, patatas y tomates.

Tenían una buena ganadería de ovinos y vacas.

Con estas araban la tierra. Había asnos y mulos. También tenían algunos caballos traídos del Norte.

Mangara era correcto con ellos, pero miraba a Maud de un modo que hizo temblar a Dick.

El sultán, sin dejar de ser correcto, dijo que desearía fuese Maud su última esposa, y que estaba dispuesto a dar por ella hasta veinte vacas o cien ovejas.

Era el pago más asombroso que se había ofrecido en aquella tierra por una mujer.

Por ello, los que escuchaban lanzaron una exclamación de sorpresa, y mayor aún fue esta cuando dijo Dick que no se vendía, y que, de hacerlo, habría que ofrecer al gobernador esa cantidad, que era el que podía decidir.

Mangara respondió que estaba dispuesto a enviar un emisario al gobernador; pero Dick replicó que solamente M'Bío podía dirigirse a él.

El nombre del gran sultán hizo que Mangara no insistiera, pero Dick tenía miedo de que les hicieran una trastada, y estaba deseando salir de allí.

No podía rechazar la invitación, y fueron horas de verdadera tortura hasta que llegó la noche.

El poblado se llenó de seres con la cabeza afeitada y el cabello muy rizado y enmarañado, partido en dos montones simétricos.

Pero la mujer que ellos buscaban no aparecía por ninguna parte.

Y eran muchas las que se estaban congregando en la plaza del poblado.

Las madres llevaban sus criaturas a la espalda.

Les miraban con curiosidad y algunos de ellos con clara hostilidad.

Los portadores estaban asustados porque conocían esa, raza de guerreros crueles.

Dick se hallaba arrepentido de haber ido en busca de una quimera, metiéndose en un lugar tan peligroso.

Maud trataba de tranquilizarle, pero él decía que no podría tener tranquilidad hasta que no estuvieran lejos de la influencia de los mangabetos.

La forma de la cabeza, labor lentísima de las madres en la edad primera, indicaba la raza a que pertenecían.

Maud no conocía este pueblo ni sus costumbres.

—Hay algunos que no tienen la cabeza como los otros —decía.

—La cabeza afechinada o más bien en forma de calabaza, indica clase selecta y que su madre no ha tenido necesidad de trabajar para comer. Se pasan las horas modelando el cráneo del recién nacido, hasta conseguir esta forma alargada, que es un orgullo para ellos.

—¿No producirá esa deformación otra interna que afecte a la mentalidad de quienes la poseen? —preguntó Jack.

—He leído mucho sobre ellos —respondió Dick—, pero nada que indique que les deforma mentalmente. Están deformados en este sentido por la educación y el ambiente.

—No me gusta el aspecto de estos seres —declaró Jack.

—Ni a mí tampoco... Hay que estar vigilantes y no soltéis las armas un solo momento. Estos saben lo que supone un arma de fuego... Mientras nos vean armados es posible que no pase nada.

—No creo que les asustemos nosotros tres, cuando ellos son tantos...

—De todos modos, les contendremos mejor si nos ven armados que si nos tienen a su disposición...

—No es mucho lo que deben temer a mi padre —dijo Maud—. Hemos debido traer una compañía de Fusileros Reales.

—No habría peligro de no estar tú por medio... Es el sultán Mangara el que desea que pases a su «ta-ta», formando parte de sus mujeres.

Llegó la hora del banquete y el sultán puso a Maud cerca de él.

Dick había dicho a la muchacha que no dijera que conocía el idioma de ellos, y de este modo podrían enterarse de lo que proyectaran, ya que hablarían con libertad delante de ellos.

Y así lo hizo Maud.

Mientras comían, la conversación de Mangara con sus amigos y jefes, era normal.

Pero Zutu, el brujo del poblado y curandero dijo a Mangara que si tuviera una mujer como Maud, los espíritus estarían de parte de su pueblo y hasta podría vencer a M'Bío, erigiéndose en gran sultán.

Maud temblaba y hacía esfuerzos inauditos para que no se dieran cuenta de su miedo.

Dick, que había oído también lo que el hechicero dijo, estaba pendiente de la respuesta de Mangara.

Este dijo que sería su mujer a la llegada de la luna llena. Y que ese sería el momento de enfrentarse con M'Bío y con el inglés poderoso.

—¡Tendrás hijas como H'rabi M'lamu! —añadió el hechicero.

Era la primera vez que oían hablar de la mujer que habían ido buscando, pero no era momento para pensar en ella, sino en Maud.

El peligro no era tan inminente, porque había tres días de plazo hasta la luna llena, pero bien podía decidir que la tuvieran prisionera hasta entonces.

Las palabras siguientes de Mangara daban idea de sus proyectos.

—Tendré invitados a estos extranjeros hasta la luna llena... Esa noche mataré a los hombres y haré mi esposa a la mujer blanca... Los espíritus estarán a mi lado en la batalla.

Aunque la situación no dejaba de ser grave, el hecho de que tuvieran tres días por delante les tranquilizaba algo.

Pero la fiesta no era tal para ellos.

Jack estaba más tranquilo porque no conocía lo que tramaba Mangara.

El hechicero no hacía más que mirar a Maud, hasta ponerla más nerviosa de lo que se encontraba.

Dick sabía que no podía contar con los porteadores para luchar, porque tenían mucho miedo a los mangabetos.

Mientras las danzarinas hacían las piruetas y contorsiones más difíciles, Dick trazaba mentalmente un plan de acción.

Tenían que aprovechar la noche para escapar y utilizar el río, a ser posible mientras dormía la población.

Por el río no había medio de que rastrearan las huellas, y los mangabetos, además de ser unos buenos rastreadores, estaban considerados, con los watussis, los mejores andadores de África.

Había visto muchas embarcaciones en la orilla del río. Eran ligeras y tenían fuertes remos de palma.

Pero era necesario inutilizar el resto de las naves, para que no les siguieran, aunque ya en el río y en plena corriente no les temía, porque sus armas les mantendrían a raya; pero podían saltar a tierra, y como la corriente del río describía meandros, podían esperarles en uno de ellos y disparar sus flechas envenenadas.

Para Maud, que no podía hablar con Dick, resultaba también la velada muy larga y pesada.

Agradecieron a Mangara la atención de la fiesta cuando se

retiraron a dormir.

Habían establecido el campamento en el mismo pueblo, pero Dick dio orden de que por la mañana se trasladara a orillas del río.

Tan pronto como estuvieron solos, dijo Maud:

—¿Has oído?

—Sí. Hay que actuar con rapidez. Esta misma noche nos iremos. Quedan tres horas de oscuridad. Ellos están rendidos de bailar y dormirán hasta muy tarde.

—Es que he oído hablar de esa mujer... Debemos esperar a mañana o pasado. Tenemos tiempo... Ellos no imaginan que hemos comprendido lo que hablaron.

—Es que en cualquier momento puede decidir que quedes detenida hasta que llegue la luna llena...

Esto era sensato; pero Maud ansiaba encontrar a la mujer que habían ido buscando, y si corrían esos peligros debían aprovechar la estancia allí.

Como ya había transcurrido gran parte de la noche, decidieron esperar al día siguiente.

Pero ninguno de los tres pudo dormir.

Dick estuvo haciendo relación de lo que debían llevar para no llamar la atención y que al levantarse creyeran que seguían en la tienda.

Esta les iba a ser necesaria, pero llevarían solamente una para los tres, dejando las otras montadas.

A la mañana siguiente, uno de los porteadores, que había sido nombrado «kapita» por Dick, le dijo que había oído hablar de H'rabi M'lamu.

—¿Dónde está? —preguntó ansioso Dick.

—En un poblado río abajo, a unas treinta millas de aquí. Es la maestra de ese poblado. No depende de este sultán.

Esto era una buena noticia.

Ellos no podían regresar contra corriente, sino que tenían que aprovechar esta para alejarse con rapidez de ese poblado.

Dick, que conocía el curso del río, se decía que era preferible llegar al Sudán y pedir allí ayuda a las autoridades.

Para regresar al lado del padre de Maud siempre habría medios aéreos.

Estuvieron metiendo en tres cajas lo que iban a precisar y que pudiera ser transportado por ellos, en el caso de abandonar el río, cosa que no entraba en los cálculos de Dick.

Era mejor seguir por vía fluvial hasta encontrar poblados donde los blancos abundasen.

Hizo varias veces un recuento minucioso de las cosas empaquetadas y unió a ello una tienda de campaña. La más fuerte y amplia.

Como era de aluminio la parte metálica de la armadura, pesaba poco.

Las armas las llevarían todas y preparadas, por si era preciso defenderse.

Durmieron algo durante el día, después de trasladado el campamento y reducir el número de tiendas.

Pasearon al lado del río y se dedicaron a la pesca, para que creyeran era este el motivo del traslado del campamento.

Recorrieron las embarcaciones y eligieron la que se iban a llevar, que parecía la más veloz y fuerte a la vez.

Irían Jack y Dick remando, y ella al timón.

La embarcación elegida debía ser la de Mangara, por los adornos que tenía tallados en los costados.

Esto suponía un inconveniente al llegar a otro poblado.

Y ello les hizo cambiar de opinión, eligiendo otra de parecidas características.

El río discurría durante muchas millas entre cañones, al pie de altas montañas, lo que evitaba la posibilidad de que se les adelantaran por tierra.

Mediada la tarde, les visitó Mangara, que estuvo atento con ellos y se puso al lado de Dick para ver cómo pescaba con el anzuelo y la caña que él había llevado.

Había muchos curiosos observando la pesca de buenos ejemplares de peces, y Mangara mostró su admiración por ese artefacto.

Dick dijo que se lo regalaría cuando marcharan, y el sultán dio las gracias.

Suponía Dick lo que estaba pensando Mangara era esos momentos.

Sin duda se diría que dentro de dos días sería de él todo lo que entonces consideraban Dick y sus amigos como de ellos.

Cuando llegó la noche, dejaron caer al agua los remos de todas las embarcaciones, menos los que ellos iban a llevar.

La corriente era muy fuerte y desaparecieron en pocos minutos.

Como las embarcaciones quedaban en la orilla, en tierra, no les fue difícil abrir en ellas muchos agujeros, gracias a los berbiquies que llevaban y sin hacer el menor ruido, por estar húmeda la corteza de los árboles de que estaban construidas.

Con hierros abrían los agujeros hasta rasgar la madera, que

cedía fácilmente.

El poblado estaba recogido en sus chocas. Tenían la costumbre de acostarse temprano. Eran madrugadores.

Como si se hubiera puesto de acuerdo con ellos, el tiempo se puso nublado y amenazaba tormenta. Esto era un inconveniente para navegar, pero les ayudaba para moverse en la sombra.

Cargaron las cajas en la embarcación, que las tiendas ocultaban al poblado, cosa que calculó Dick al montar allí el campamento.

Embarcaron con mucho cuidado, dejando que la embarcación se deslizara suavemente hasta entrar en el centro de la corriente.

Entonces Dick, con el remo que había de servir de timón, gobernó hábilmente y se alejaron a toda velocidad del poblado.



Estaba frente a la extraña mujer.

CAPÍTULO IV

Siete horas más tarde, recuperaba el poblado su vida normal.

Mangara salió a la puerta de su choza y miró la tienda en que suponía estaba Maud, con ojos de deseo.

Los que utilizaban las embarcaciones para ir a las plantaciones y los sembrados, se extrañaron de no encontrar los remos.

Miraron en todas partes y comentaron con su habitual rapidez el hecho.

Mangara, que estaba a la puerta de la choza que daba entrada a un espacioso recinto, lleno de palmeras y de chozas independientes, oyó los comentarios y se acercó para ver qué pasaba.

En esos momentos empezaba la tormenta a descargar agua en cantidad.

No se habían dado cuenta de que las embarcaciones se hallaban inutilizadas.

Pero al mirar detenidamente debajo de ellas por si estaban los remos allí, se dieron cuenta de que habían sido destrozadas, y gritaron furiosos, encaminándose a las tiendas de los blancos.

Les detuvo Mangara, diciendo que él les castigaría: si es que habían sido ellos.

Ordenó a uno de los porteadores que llamara a Dick.

—¡No estar *bwanas*! —dijo asustado el porteador.

Mangara apartó violentamente al porteador y entró como un torbellino en la tienda, que estaba vacía. Salió dando gritos y órdenes, pero estas no se podían cumplir porque no había una sola embarcación que sirviera para lo que el sultán quería.

Se encararon con los porteadores, pero Mangara sabía que ellos habían sido engañados también y no les concedió importancia.

Se quedarían de esclavos con ellos, para trabajar en lo que se les ordenara.

Se pusieron a trabajar ansiosamente para construir nuevas embarcaciones y remos, pero Zutu, el hechicero, le dijo que sería inútil.

—No podrás alcanzarles... La corriente es rápida y ligera la nave... Llegarán a la región de Dar-es Nuha y no es amigo tuyo...

Uno de los porteadores dijo que *bwana* Dick y *mensahib* Maud conocían el idioma mangabeto.

Esto asustó a Mangara.

—Anoche hemos hablado delante de ellos de lo que pensábamos hacer. Si lo dicen a M'Bío, este nos mandará soldados...

El hechicero tenía que estar ahora de acuerdo con él.

Y el pánico se apoderó de ambos, con lo que apremiaba el detener a los fugitivos, y envió un grupo para que corriera por los montes para que no dejaran llegar la embarcación al poblado de Dar-es-Nuha.

—¡No llegarán a tiempo! —dijo el hechicero—. Han debido salir hace mucho tiempo.

La situación de Mangara era delicada, a juicio suyo.

M'Bío creería todo lo que dijeran de él. Sabía que Mangara quería suplantarle en la jefatura de los pueblos mangabetos.

Y estaba completamente seguro de que el hechicero hablaría si le obligaban a ello.

Por eso reaccionó como niño asustado.

Culpó a Zutu de la evasión de los blancos, y de los males de la tribu, y ordenó que le mataran, quemándole atado al poste para que ahuyentara con su humo los espíritus del mal que había hecho reunirse allí.

De nada sirvieron las protestas del hechicero ni sus amenazas.

Mangara estaba decidido a librarse de ese testigo y no se ablandaría.

Con motivo de la ejecución, hubo danzas y canciones.

La muerte del hechicero le daba cierta tranquilidad. Diría a M'Bío que los blancos mentían.

El gran sultán no daría crédito a los blancos, pues él diría que habían sido ayudados por Zutu y ello le llevó a matarle.

* * *

Los tres navegantes seguían el curso del río luchando a veces titánicamente con la corriente y sin necesidad de emplear los remos, ya que la velocidad era excesiva aun sin ellos.

Poco después de que el sol brillara otra vez, tras unos momentos de intensa lluvia, se encontraron en un poblado que habría de ser aquel al que se había referido el «kapita» de los porteadores.

Cuando atracaban al pequeño muelle que había en la orilla, se acercaron muchos curiosos, la mayoría de ellos con la cabeza apepinada también, indicio de que se encontraban aún en territorio mangabeto.

Sacaron todo lo que llevaban en la embarcación y dejaron esta en la orilla, para cuando llegara el momento de marchar.

Se acercó a ellos un hombre muy alto, con una vara en la mano, en uno de cuyos extremos se veía unos abalorios calcados, unos huesos de leopardo y el colmillo de un elefante.

Dick se dio cuenta de que se trataba del hechicero ya que llevaba los atributos de tal.

Miraba asombrado a Maud y no dijo nada en los primeros momentos.

—¿Qué quieren el *bwana* y la *mensahib*? —inquirió al fin.

—Vamos de paso... —contestó Dick en francés, que era el idioma empleado por el hechicero—. Necesitamos «nyama»... Y quiero hablar con el sultán.

El hechicero volvió a mirar a Maud, y Dick la dijo que esperase en el río con Jack. El solo iría a hablar con el sultán. No quería que le sucediera lo mismo que había pasado con Mangara.

Marchó con el hechicero, que quería fuese la muchacha con ellos.

La casa del sultán era un verdadero palacio de ladrillo rojo y construido en hormigón, lo que indicaba que habían trabajado en él obreros blancos.

Era obra del Gobierno inglés, que facilitó esa vivienda a uno de los sultanes de más prestigio.

Si hubiera conocido lo que pasaba, sabría que Mangara era traidor por temperamento y no se fiaban de él ni los hermanos de raza ni el país protector.

Tenía su guardia a la puerta, como había visto en el palacio del gobernador, cuando estuvo con otros sultanes a visitarle años antes.

Dar-es-Nuha le recibió sentado en unos cojines de vivos colores, comprados, a unos mercaderes de marfil.

Para el sultán era un alivio que Dick hablara su idioma.

Dijo Dick que era un enviado del gobernador, Que le saludaba, y para mayor solemnidad, como no podía venir él en persona, enviaba a su hija con el enviado especial que era él.

Agradeció con alegría el sultán esa deferencia, que no se había tenido ni con M'Bío, e hizo sentarse a Dick en otro cojín que le ofrecieron.

Pidió el sultán que fueran en busca de la hija del gobernador, y dijo a Dick que serían sus huéspedes los días que estuvieran allí.

Dick aceptó en nombre de los tres.

Añadió Dick que el gobernador le avisaba que Mangara estaba dispuesto a traicionar a M'Bío y a él haciéndoles la guerra, por mandato de su hechicero Zutu.

Dióse cuenta Dick de que era una noticia que ni sorprendía al

Sultán, que aseguró lo esperaba hacía tiempo, pero que sería castigado como merecía.

Cuando terminó su relato, el sultán reía a carcajadas. Y dijo que había hecho bien y que sus hombres rescatarían a los portadores y todo lo que habían tenido que abandonar allí.

Delante de Dick, llamó a uno de sus generales para darle orden de marchar con doscientos guerreros al poblado de Mangara y reducirle a prisión o darle muerte si se resistía.

Para congraciarse más con el sultán, que le parecía el salvaje más simpático, le ofreció en nombre de gobernador un rifle. Y se prestó a enseñarle su funcionamiento.

Esta deferencia colmó la satisfacción del sultán.

Hizo que Dick fuera en busca del rifle, para enseñárselo a todos sus súbditos, diciendo que era un regalo del rey de Inglaterra.

Maud fue recibida con todas las atenciones de que eran capaces aquellos salvajes, tratando de imitar lo que habían visto en su visita al padre de ella.

Para mayor realismo de la mentira de Dick, el sultán recordaba a la hija del gobernador y lo mismo le pasaba al hechicero, que le acompañó en aquel viaje y esa era la causa de que la mirara con tanto interés.

No podía haber duda, por lo tanto, para el sultán, de que era un enviado del gobernador.

No podía faltar la fiesta en honor de los visitantes.

Pero esta vez se hallaban contentos todos.

Maud se divertía con los bailes de las danzarinas.

Se instalaron en el palacio del sultán, que estaba muy contento con el rifle que le había entregado Dick.

A la mañana siguiente salió con el sultán para enseñarle el manejo del arma.

Resultó más inteligente de lo que aparentemente podía suponerse y las instrucciones de Dick le sirvieran para hacer un blanco por la tarde, después de gastar alguna munición.

La alegría del sultán al ver que había conseguido hacer un blanco, era infantil y ruidosa.

Lo supo por la noche todo el poblado.

Ni una palabra de la mujer que buscaban.

Pero al segundo día de estar allí, se encontraron con ella en la calle.

Era realmente preciosa. De ojos muy negros, rasgados y de larguísimas pestañas.

Más bien alta, erguida y muy bien formada.

La boca, de dibujo perfecto y dientes muy blancos.

Tenía la tez morena por el clima.

Ella miró asombrada a Maud.

Y trató de huir. Pero la llamó Maud en su idioma, con voz dulce.

La muchacha se detuvo y atendió la llamada.

Las dos mujeres caminaron lentamente, hablando entre ellas.

Dick contuvo a Jack para que no fuera con ellas.

—¡Déjalas! —dijo—. Ella sabrá lo que tiene que decir.

Y era cierto que Maud sabia tratar a la muchacha, que dijo era la maestra del poblado.

—Tú eres de mi raza... ¿Hace mucho tiempo que estas aquí?

—He estado siempre en este pueblo.

—¿Viven tus padres?

—No —dijo la salvaje.

—¿Sabes leer y escribir?

—Me enseñaron los misioneros y yo trato de enseñar a los niños.

—¿Y los misioneros?

—Marcharon río abajo... Les echó Dar-es-Nuha.

—¿Por qué?

—Le preguntaron por unos abalorios de piedras brillantes...

—¿Es posible que eso le enfadara?

—¡Mucho!... Ya preguntaron otros hombros blancos. Saquearon el poblado buscando esos abalorios.

—¿Les cogieron?

—No. Escaparon. Dicen que están con el rebelde Varonne... El sultán tiene miedo de que vuelvan.

—¿Qué abalorios son por los que preguntan?

—No lo sé... Recuerdo que de niña les vi a mi madre un día de fiesta. No he vuelto a verlos más.

Maud estaba contenta de que Dick hubiera supuesto que esa muchacha era la descendiente de la Griega.

Lo que no podía comprender, ni nadie, era que se mantuviera el color blanco de la piel después de tantos cruces con sangre negra.

—¿Hace mucho que murió tu padre? —preguntó Maud, después de un rato de pausa.

—Antes de nacer yo... Le mataron... Era un explorador blanco.

¡Estaba explicado el color tan blanco de la muchacha!

—¿Y tu madre?

—Murió cuando yo tenía diez años... El curandero no pudo curar su enfermedad. Los misioneros me han dicho que murió de pena...

—¿No has vuelto a ver a los misioneros?

—No. Me lo ha prohibido el sultán.

—¿No piensas casarte?

—Estoy reservada para esposa de M'Bío hijo. Heredará el trono de su padre y seré la sultana. La gran sultana...

—Pero tendrá muchas mujeres...

—Siempre tienen muchas mujeres... Los misioneros me han hablado de estas cosas, pero no puedo decirlas a nadie de este pueblo. Me matarían...

—Tú no debieras estar aquí... Hay grandes ciudades, lejos, donde tu belleza sería disputada por hombres que te tendrían por única esposa hasta la muerte.

—Eso es lo que me decían los misioneros... pero no puede ser. Ellos quisieron sacarme de aquí, pero les echaran antes.

Llegaron a la escuela de H'rabi M'lamu.

Era sencilla. La misma que tenían los misioneros.

Pasó en ella unas horas muy agradables.

El sultán le dijo esa noche que no debía hablar con la maestra.

—Me agrada hablar con ella —dijo Maud.

—¿De qué te ha hablado?

—Es feliz porque dice que va a ser gran sultana...

Maud vio cómo sonreía satisfecho el sultán.

Insistió sobre esto Maud y el sultán le permitió que hablara con ella, pero no así sus acompañantes.

Las doncellas no podían hablar con los extraños ni con los hombres.

Conservaban parte de las costumbres importadas por los árabes mercaderes y los sultanes establecidos en la costa.

Maud recibiría instrucciones de lo que tenía que hacer con respecto a la muchacha.

Como no estaban juntos, hubo de esperar al día siguiente para darle cuenta de lo que había hablado con la maestra.

—Creo que será fácil convencerla de que marche con nosotros. Ya la tenían convencida los misioneros, pero quisieron saber dónde estaban las alhajas de la griega y les costó el salir de aquí...

—No cometeremos la misma torpeza. Nada de mencionar jamás nada de abalorios.

—Es lo mejor —dijo Maud—. A ella le han prohibido hablar con nadie de ello.

Pero Dick pensaba que la actitud del sultán indicaba que él sabía dónde estaban esas alhajas.

Posiblemente las tenía escondidas él.

Maud confiaba en que la maestra dijera cuanto supiera respecto

a esas alhajas si ella sabía permanecer callada respecto a las mismas.

Como el sultán la autorizó para que estuviera con ella, se fue a la escuela para ayudarla en la enseñanza de los niños, pero solo había tres y eran hijos del sultán. Solamente podían ir a la escuela los hijos de él.

Dick salía con el sultán, para que siguiera practicando con el rifle.

Cuando hubiera terminado el aprendizaje, ya no tendría razón el seguir allí. Y el sultán aprendía con rapidez.

Instó a Maud para que apremiara a la maestra.

Pero esta no hablaba nada de las alhajas y era propósito firme de Maud no mentarlas más tampoco. No quería que perdiera la muchacha la confianza que tenía en ella.

Pasaba todo el día en su compañía.

Por la noche no tenía más remedio que estar en el palacio del sultán.

Al tercer día, dijo la maestra:

—Tengo una cosa escondida en el bosque...

Maud pensó que se trataba de las alhajas y no dijo nada. Como si no tuviera importancia.

—Te voy a llevar para que la veas...

Fueron con todo sigilo y después de buscar el sitio del escondite, sacó una Biblia, diciendo:

—Me la dieron los misioneros y no quiero que me la encuentren... Leo en ella siempre que vengo a este bosque.

Maud estuvo a punto de echarse a reír.

Había creído firmemente, por la forma secreta con que hablaba, que se trataba de las célebres alhajas.

—Creí que tenías aquí los abalorios a que se referían los misioneros y esos blancos de que me has hablado.

—No los tengo yo... Debe tenerlos M'Bío, porque me han dicho que el día que me case con el hijo, me pondrán unos abalorios como no hay otros en el mundo, de piedras muy brillantes...

—¿Es que piensas casarte de veras con él?

—No tengo más remedio que hacerlo. ¡Es orden del gran sultán!

—Pero si no amas a ese hombre...

—No sé lo que es amor... Puede que le ame.

La ingenuidad de la muchacha hizo sonreír a Maud.

Tropezaron con Jack, que estaba paseando solo.

Se detuvo para hablar con ellas, a pesar de la prohibición del sultán.

Y desde entonces los tres días siguientes se encontraron a la misma hora, hallando la maestra un gran placer en hablar con el muchacho.

Tuvieron suerte de que no les viera nadie.

Maud se alejaba para dejar a los dos jóvenes en mayor libertad.

Había concebido la idea de que se enamorara de Jack, para que marchara con ellos de allí, aunque no se llevaran las alhajas.

Lo importante no era encontrar estas, sino averiguar dónde fueron a parar.

Con los datos que tenían, era suficiente para que Dick escribiera un libro tratando del asunto y dando la explicación que la consecuencia final aconsejaba.

CAPÍTULO V

Llevaban dos semanas en el palacio, cuando el sultán dijo a Dick:

—Ya estoy en condiciones de manejar solo el rifle que me ha regalado el gobernador. Te agradezco mucho tus lecciones.

Sabía Dick lo que estas palabras suponían, pero prefirió no darse por enterado.

Estaban comiendo. Uno de los criados habló con el sultán en árabe, sorprendiendo a Dick este conocimiento de tal idioma en el palacio.

Se mantuvo como si no comprendiera nada, en la seguridad de que cuando trataban de que ellos no se enteraran de lo que sucedía, era porque no les interesaba.

Anunciaron la llegada de unos personajes.

El sultán dijo que saldría a recibirles en el acto.

Se levantó de la mesa y, sin disculparse, salió del comedor.

Los recién llegados estaban en la habitación inmediata, y Dick pudo captar algunas palabras, teniendo que hacer un gran esfuerzo para mantenerse sereno, ya que lo que había oído era para poner nervioso al más entero.

Los que habían llegado eran enviados del general Rusia, del Mau-Mau.

Eso lo había oído perfectamente.

También oyó otras frases sueltas y pudo deducir que hablaban de ellos.

Hablaban de terminar con los ingleses en África.

Lamentaba no poder oír toda la conversación, pero era suficiente para estar en guardia.

Maud le miraba con atención. Ella no conocía el árabe, pero el rostro de Dick, aunque hacía esfuerzos por aparecer sereno, denotaba lo que pasaba en él.

El sultán dándose cuenta de que habría de parecer sospechoso que no hiciera entrar a los visitantes, lo hizo al fin, presentándolos como enviados del gran sultán.

Hablaban en mangabeto ante todos.

Dieron las gracias a Dick por el obsequio que había hecho al sultán, y añadió el que hablaba:

—Espero que me entreguen otro rifle igual, para el gran sultán.

—Ya le ha sido enviado por otro emisario... Si vienen del palacio del gran sultán, le habrán visto.

El sultán miró al que había hablado y dijo en el acto:

—Ellos salieron hace semanas del palacio del gran sultán... No es extraño que no le hayan visto.

—Así es —añadió el que había hablado—. Se habrá puesto muy contento el gran sultán.

Y la conversación se hizo general, hablando de cosechas y del tiempo.

Dick no se perdonaba haberse equivocado con el sultán, que le pareció simpático, cuando en realidad era un traidor.

Y además le había entregado un rifle con el que dispararía contra los ingleses.

Cada vez que el sultán le miraba, experimentaba la sensación de que se reía de él.

No pensaba decir a la muchacha la verdad, ni a Jack, para que no se asustaran y para que no le recriminaran por la equivocación tenida con ese hombre.

Como estaba seguro de que no venían de parte del gran sultán, Dick habló de este.

Se daba cuenta de la nerviosidad que invadía al sultán y de sus esfuerzos para que se hablara de otra cosa.

Pensaba Dick que tenía al alcance de su mano a uno de los hombres más buscados. Quizá uno de aquellos era el propio general Rusia.

Ahora comprendía la razón de que los ingleses no le encontraran en Kenia.

Absorto en sus pensamientos no se enteró de que había dado por terminada la velada.

Los recién llegados fueron instalados al lado suyo.

Estaba en la parte del palacio destinada a los invitados.

No tuvo inconveniente en escuchar atentamente ante la puerta.

Los tres hablaban en árabe.

Lo que escuchó Dick le hizo erizar el cabello. Hablaban de terminar con los colonos ingleses que había río abajo, hasta el Sudán, y entrar en este haciendo lo mismo.

Era una labor de represalia por las bajas tenidas en Kenia entre los adeptos al Mau-Mau.

Sentía el peso de la pistola en uno de los costados, sobre la camisa, y estuvo tentado de entrar en la habitación y disparar sobre esos emisarios de muerte, en bien de la Humanidad y de Inglaterra.

Esto le quitó el sueño y ya muy tarde se quedó un poco

aletargado.

Tan pronto como fue de día, salió de la habitación para ir a visitar a la maestra y hablarle con claridad, pero se acordó de la prohibición en este sentido del sultán y no quiso complicar las cosas.

Debía salir cuanto antes para avisar a los colonos del peligro que corrían, y que huyeran o se prepararan para recibir a los cobardes súbditos de Dar-es-Nuha, que serían los encargados de cumplimentar las órdenes del general Rusia, jefe supremo del Mau-Mau.

En la conversación de la noche anterior, los tres viajeros hablaron de un inglés cuyo nombre no había captado bien, que era el que facilitaba los datos sobre las evoluciones del ejército represor en Kenia.

Este nombre era el que le torturaba, tratando de averiguar lo que había oído.

Marchó al pequeño muelle del río, para comprobar cómo estaba la embarcación en que habían llegado hasta allí.

Las cajas habían sido llevadas a palacio, y esto era un inconveniente para, poder escapar de noche, como habían hecho en el otro poblado.

Tenía miedo a que los emisarios del rebelde dieran orden de que la hija del gobernador fuera una de las represalias.

Estaba deseando poder hablar con Maud, y esto fue lo que le llevó hasta la casa de la maestra.

Ella le miró un poco asustada, porque conocía la prohibición.

Más ella era muy distinta desde que hablaba con Jack.

Dijo a Dick que estaba dispuesta a marchar con ellos.

No sabía explicarse la rara atracción que Jack ejercía sobre ella y Dick le dijo que seguramente era porque estaba enamorada de él.

Y aprovechó para hablar de los del Mau-Mau.

La maestra estuvo hablando mucho tiempo de esta secta.

Los misioneros se habían dado cuenta de que tenían relación con el sultán, y a ello achacaban su expulsión, más que a lo de los abalorios.

Y dijo lo mucho que sabía de estos rebeldes.

Comprendió Dick que el sultán le había engañado como a un niño, porque había en el poblado muchas armas de fuego y el mismo sultán sabía manejarlas.

El rostro de Dick se encendió de ira al pensar en la burla que habían cometido con él.

Toda la tribu de Dar-es-Nuha pertenecía a la secta castigadora de

ingleses.

Era una reserva de los rebeldes que ignoraban los ingleses y se explicaba el hecho de que no encontraran en Kenia a ninguno de ellos.

Suponía una torpeza de las autoridades de la Colonia de Kenia el suponer que estaban terminando con ellos.

La lucha se iba a incrementar con la represalia en Uganda y en el Sudán.

Habló con la maestra de la forma de poder salir de allí sin que se dieran cuenta los habitantes del poblado.

Dijo la muchacha, que conocía un camino a través de la selva, pero que era mejor utilizar el río.

Para esto no necesitaban emplear la nave que habían traído del otro poblado, porque ella disponía de una más veloz y en la que podían marchar los cuatro; pero para ello tenían que sacrificar lo que tenían en las cajas y que les sería de tanta utilidad.

Dick pensaba en algo que pudiera permitirle llevar todo lo que era de ellos y les haría falta.

Como suponía que el sultán estaba deseando que se marcharan, era posible que no opusiera obstáculo alguno a que lo hicieran, y esperarían a la maestra en el primer poblado que encontraran.

Lo comunicó a la joven y esta se opuso.

—El primer poblado es leal al sultán —dijo ella—. Hay que evitar el pasar por él todos juntos. Hay que detenerse a la mitad del camino y meterse en la selva. Tengo miedo de que den la señal de ataque y nos esperen en el poblado con las flechas en los arcos. Dan la señal desde esa montaña que se divisa allá. Lo hacen con hogueras que levantan columnas de humo... Fueron los misioneros quienes se dieron cuenta del sistema de comunicación que empleaban. Unos mercaderes murieron a manos de los otros mangabetos, gracias a la señal hecha desde aquí.

Era una complicación que hacía más difícil la empresa. Tal vez el sultán quería que se marcharan para dar la señal y que fueran otros los que mataran a la hija del gobernador.

Habló la muchacha de que había varias familias de colonos ingleses junto al río, antes de llegar al Sudán, a quienes les estaba prohibido llegar al poblado. Cosechaban tabaco y café.

Unos estaban entre los dos poblados y, los más, después del que ella tenía miedo de visitar.

La llegada de Maud alegró a Dick, poniéndola al corriente de lo que pasaba.

—Me ha preguntado el sultán por ti y me ha pedido que si

marchamos hoy, se lo digamos para prepararnos unos regalos que quiere enviar a mi padre.

—Has debido decirle que vamos a volver por aquí y que entonces será el momento de ello.

—Le he dicho que te lo diría en cuanto te viera.

—Se lo diré yo. Tú ultima con esta muchacha lo de nuestra marcha y dónde debemos esperarla.

Y Dick, para no ser sorprendido hablando con la maestra, marchó en busca de Jack y del sultán.

A Jack no le dijo nada, para no ponerle nervioso. Y al sultán le dijo que como pensaban volver por otro camino después de visitar el poblado de Said, debía darle entonces los regalos para el gobernador.

Vio Dick cómo se alegraban los ojillos del sultán al oír que iba a visitar a Said. En ese momento recordó las palabras de la maestra sobre las señales de humo.

Esto le daba tranquilidad, ya que les dejarían marchar sin inconveniente alguno.

Estuvo en palacio comprobando si las cajas y la tienda estaban intactas, que era lo que más valor iba a tener para ellos.

Quedó tranquilo al comprobar que todo estaba igual.

Ayudado por Jack, lo llevó a la embarcación para ponerse en camino cuanto antes, pero con la idea de esperar a que comenzara a anochecer.

Cuando Maud se reunió con ellos, había quedado con la maestra en el lugar que debían esperarla, fuera del agua ya.

Era en una curva del río que no podía existir error. Debían salir por la orilla izquierda y aguardarla en un grupo de acacias gigantes que había a unas doscientas yardas de la orilla.

La embarcación debían llevarla con ellos, porque iban a utilizar otro río que estaba cerca y salía del territorio de Dar-es-Nuha.

Ella, la maestra, llegaría a la medianoche en punto.

Los tres estuvieron en palacio buscando al sultán, que estaba con los tres emisarios de los rebeldes.

Era preferible pasar unas horas en el bosque señalado por la maestra, que no permanecer en el poblado, donde a cada minuto podían cambiar las cosas.

El Sultán no les dejó marchar hasta después de que hubieran comido.

Y ellos hubieron de aceptar.

Jack había quedado junto a la embarcación, montando guardia.

Muy atento, el sultán se acercó a la orilla del río a despedirles,

cuando llegó la hora de hacerlo.

Ellos se despidieron hasta pronto.

Al pasar por la escuela, la maestra estaba a la puerta, pero no hizo el menor movimiento.

—Debe haber alguien cerca de ella —comentó Dick—. No hagáis ninguna señal.

No era tan fuerte la corriente como antes y tenían que ayudarse con los remos.

Maud estaba en el timón y los dos remaban con fuerza para ayudar a la nave a que se deslizara con mayor rapidez.

Estaban deseando verse en el lugar de la cita con la maestra.

Haría poco más de una hora que habían salido, cuando dijo Dick:

—¡Mirad allá arriba! ¡Las señales de humo...!

—Gracias a la maestra no nos meteremos en la boca del lobo —dijo Maud.

—Es mucho lo que debemos a esa muchacha. Y todo porque se ha enamorado de Jack.

—También lo estoy yo de ella —dijo este.

Y los tres se echaron a reír.

Pasaron cerca de una construcción en la que se notaba la mano de los europeos, que les hacían señales con la mano.

—No debemos detenernos porque me ha dicho la maestra que ella les avisará cuando pase. No quiere que se den cuenta los negros que trabajan con ellos de que pasa algo anormal.

Las palabras de Maud hicieron que no respondieran a las señales de saludo o llamada.

Ellos iban por el centro del río, que era allí bastante ancho.

Empezaba a ser de noche cuando dijo Dick:

—Ahí está la curva a que se refiere la maestra.

Maud hizo llegar la embarcación hasta la orilla izquierda y desde allí vieron el bosque a que se había referido H'rabi M'lamu.

Hicieron salir la nave del agua y la llevaron con ellos hasta el bosque, donde debían esperar a que llegara la muchacha.

Como tenían tiempo, se echaron a dormir dentro de la embarcación.

La luna alumbraba poco más tarde con tal intensidad que parecía de día.

Dick, soñoliento y sin saber el tiempo transcurrido, abrió los ojos y miró las estrellas.

Al moverse oyó el siseo característico de una serpiente.

Estaba a poca distancia de él, reptando por el bote, y le

amenazaba con la lengua partida en dos.

Cogió Dick uno de los remos y la golpeó con fuerza, haciendo que despertaran los otros, a quienes dio cuenta de lo que había pasado.

No se trataba de un animal de gran tamaño, pero era una víbora de las más peligrosas de la selva.

Esto les puso en guardia y les impidió dormir más.

Pero debieron hacerlo bastante, porque antes de una hora vieron a la maestra que llegaba acompañada de varias personas.

Asustados, empuñaron las armas.

—¡Somos nosotros! —dijo una mujer, en inglés.

Y momentos más tarde sabían que se trataba de la familia que les había saludado con la mano al pasar frente a su casa.

—No saben cuánto les agradecemos el aviso que nos han dado. Esta muchacha nos ha dicho lo que pasa. Ya sospechábamos hace tiempo de los criados que tenemos, y se quedarán sorprendidos al llegar el día y ver que no estamos, y que nos hemos llevado todas las embarcaciones de que disponíamos.

—Sin embarcación —añadió la mujer del que hablaba— no pueden ir a avisar de la huida.

—Tenemos que avisar a los otros colonos que hay por aquí —dijo Dick.

—Lo haremos, pero navegando por otro río que se reúne con este a muchas millas de aquí y que está cerca de donde se hallan los colonos, sin necesidad de pasar por el poblado de Said, que están esperando a los que les han avisado que salían y que deben ser muertos —dijo la maestra.

—Hemos visto las señales de humo que se elevaron desde la montaña... Ha sido una idea magnífica el hablarte de lo que pasaba.

—Estaba deseando tener una oportunidad de marchar para reunirme con los misioneros que me enseñaron a pensar que yo pertenezco a otra raza.

—También debemos avisarles —dijo Dick.

—Llegaremos a tiempo —añadió la maestra.

Esta estrechó la mano que Jack le ofrecía.

Se pusieron a caminar y una milla después terminaba la selva, para dar paso a una especie de estepa.

A la salida del sol, estaban al lado de un nuevo río, mucho más pequeño que el anterior, pero en el que las embarcaciones podían bogar a buena marcha sin tener que emplear los remos.

La maestra, que pasó a la nave de los tres, se quedó profundamente dormida.

La embarcación de ella iba a remolque con todas las cosas.

Detrás, iba la del matrimonio inglés.

Se lamentaba este de tener que abandonar una plantación que empezaba a dar sus frutos de una manera remuneradora.

Pero como lo esencial era conservar la vida, daban gracias a Dios por el aviso que les había dado la maestra.

La mujer del colono, habíale proporcionado uno de sus trajes a la muchacha para que no fuera como iba.

Y ella se sentía contenta al verse vestida así.

CAPÍTULO VI

Los Mangold veían a las embarcaciones detenerse en el pequeño muelle que habían construido ellos para su canoa.

Y salieron curiosos de la casa al darse cuenta de que no eran salvajes, sino blancos los ocupantes de ellas.

Conocían a los otros colonos por haberse visto una vez.

Se saludaron y Dick refirió con brevedad lo que sucedía.

Afanosamente se pusieron a recoger sus cosas, invitando antes a que comieran algo caliente y bien condimentado.

Para los viajeros era un placer poder satisfacer esa necesidad.

Y comieron alegres entre bromas.

Pero antes de que terminaran, dijo el amo de la casa:

—Acabo de ver cruzar agachándose a un negro que no es de mi plantación.

Se pusieron todos en pie como movidos por un resorte.

Dick empuñó el pequeño fusil ametrallador. Jack, un fusil de largo alcance. Maud, uno de los rifles...

Miraron con atención por la ventana.

No se veía nada, pero H'rabi M'lamu, que se acercó también a ella, dijo:

—¡Por allí se arrastran tres personas!... Van hacia el río...

—¡Las embarcaciones! —gritó Dick.

—¡Eso es lo que se proponen! —exclamó la maestra.

Dick salió y, recordando su actuación en la guerra, corrió en zigzag.

Se metió en la plantación que estaba tras el pequeño jardín que había delante de la casa.

Varias flechas cayeron donde acababa de pasar a gran velocidad. Jack se asomó por la otra ventana del comedor.

Disparó dos veces sobre otros tantos indígenas que estaban con los arcos dispuestos para volver a disparar sobre Dick.

Este había llegado a un lugar desde el que dominaba las embarcaciones.

Los disparos de Jack habían detenido a los tres que se arrastraban en la plantación.

Pero minutos más tarde les veía Dick que enarbolaban lanzas con las que pensaban sin duda inutilizar las naves.

El fusil ametrallador lanzó una ráfaga, que segó la vida de los

tres.

Una gritería se armó detrás de la casa.

Los dueños de la plantación pudieron comprobar que se trataba de los empleados que tenían en la misma, a los que se habían unido algunos que les eran desconocidos.

Los rifles y el fusil de Jack contuvieron a los atacantes, que no esperaban esa reacción tan rápida.

Dick vio que se movían las hojas de tabaco en una parte frente a él, y lanzó otra ráfaga en aquella dirección.

Lamentos de dolor respondieron a esta descarga.

Volvió a cargar el fusil y disparó una vez más, abanicando con el arma.

La gritería se alejaba, indicando que huían los atacantes después de haber perdido varios hombres.

Dick avanzó con toda precaución hacia la casa.

—Hay que seguirles y no dejar que se reorganicen —dijo Dick—. Ahora están asustados y podemos terminar con ellos o hacer que se alejen definitivamente. De lo contrario, estaremos a su disposición al pasar por el río.

Jack y los dos colonos le dijeron que estaban dispuestos y que se encargara él de dirigir el ataque.

Una vez en el exterior, y sabiendo, por los gritos, la dirección en que habían marchado, se abrieron en orden de ataque.

—Están en aquel macizo de árboles... Hay que llegar sin que se den cuenta y al tenerles dentro del alcance de las armas, que no haya titubeos... Hay que terminar con ellos —dijo Dick.

Los tres obedecieron y se metieron entre el tabaco, que les ocultaba bien.

Las mujeres miraban impacientes desde las ventanas.

Las tres que llegaron en la embarcación, empuñaban un rifle, y la dueña de la casa una vieja carabina.

Dick, que había marchado por el flanco de la izquierda, procuraba que su cuerpo no tocara los troncos de las matas de tabaco para que no transmitieran estos el movimiento característico que había hecho descubrir a la maestra a los tres.

Se había orientado antes de agacharse, para poder caminar recto.

Media hora más tarde, se levantó lentamente porque vio cerca de él el final de la plantación por esa parte.

Había entre los árboles unos seis negros que hablaban entre ellos.

No lo pensó mucho.

Su ametralladora ladró y tres de ellos fueron alcanzados. Los otros tres echaron a correr.

Dick saltaba como un gamo en la persecución.

Y ninguno de los tres pudo escapar. El fusil de Dick disparó tiro tras tiro y mató a los que huían.

Los otros no encontraron a nadie más.

Pero el dueño de la plantación sabía que aún faltaban varios.

Y en una nueva batida por el bosque encontraron a otros cuatro que huían al darse cuenta de la presencia de ellos.

—Creo que los que queden, irán muy lejos antes de detenerse en la carrera —opinó Dick.

Cuando estaban otra vez todos en la casa, dijo Maud:

—No comprendo que les haya llegado la orden tan pronto...

—Es que salieron poco después que vosotros —dijo la maestra—. Hemos perdido mucho tiempo en la vuelta que hemos tenido que dar por el otro río.

Esto era una razón y Dick hubo de estar de acuerdo con ella.

Y, en efecto, era esto lo que había pasado.

Cuando marcharon del poblado los tres jóvenes, el sultán habló con los emisarios del Mau-Mau.

Les dijo que si querían presenciar la muerte de los que acababan de marcharse debían salir detrás de ellos.

Y los tres marcharon.

Al pasar por la plantación de los Mangold empezaba a anochecer y no quisieron entretenerse para no llegar tarde al poblado de Said.

Cuando llegaron estuvieron muy cerca de ser muertos por los que estaban esperándoles, pero como tenían orden de llevarles a presencia de Said, cayeron sobre ellos y les detuvieron.

Al principio creyeron los tres que se trataba de una traición de Dar-es-Nuha, pero al estar ante Said, este reconoció a uno de ellos y le refirió lo que había pasado.

—Tienes que haberles visto en el río, porque no han llegado todavía —dijo Said.

—Deben estar en la plantación que hemos pasado. No me entretuve por no llegar tarde a este poblado.

—Llegarán por la mañana —dijo Said.

Fueron invitados por el sultán, y los que les habían detenido les pidieron perdón.

Con las primeras luces del nuevo día marchó a casa de los Mangold una flota de embarcaciones.

Las órdenes del general Rusia se iban a cumplimentar.

Preguntaron por los dueños y les contestaron que no estaban en la casa y que parecía que se habían marchado.

Les buscaron por la plantación, aunque los trabajadores dijeron que se habían llevado las embarcaciones.

Completamente furiosos regresaron al poblado de Said, para darle cuenta de la marcha de los colonos.

Este dijo que había que apresurar el ataque a los otros colonos si querían tener éxito y que no fueran avisados por los Mangold.

Y así fue cómo se presentaron los atacantes en la plantación en que estaban Dick y sus amigos.

Recorrió Dick la plantación, con el colono dueño, para comprobar que no había más atacantes.

Tres de los trabajadores estaban amarrados en la vivienda de ellos y dijeron que se habían presentado con un enviado del sultán, que era quien ordenaba el ataque y muerte de todos los blancos.

No quisieron perder más tiempo y prepararon la marcha.

Los dueños de la plantación lloraban al abandonarla.

No podían comprender que los Mau-Mau llegaran allí, desde el Kenia. Pero no querían exponerse a quedarse, como tantos otros colonos del vecino territorio.

Dar-es-Nuha disfrutaba con el rifle regalado por Dick, ya que era mejor que los que le habían facilitado los del Mau-Mau.

Estos sabían hacer las cosas, y a cada sultán le ofrecían, a cambio de su ayuda, que le harían sultán de todos o gran sultán.

Esa era la razón de que les ayudaran en la guerra contra los blancos.

Las noticias, en esa región, se propagaban con lentitud, y cuando lo supieron en Nairobi y en Entebbe se asombrarían de que se hubieran extendido de ese modo los que creían posible reducir en unas semanas.

Al día siguiente, los niños que iban a la escuela regresaron para decir que no estaba en ella H'rabi M'lamu.

Suponiendo que habría ido al bosque, como solía hacer, la buscaron para amonestarla por dejar a los niños abandonados.

Pero horas más tarde, tenían que admitir la marcha definitiva de la muchacha, y esto hizo jurar y maldecir al Sultán, que amenazó a todos si no conseguían encontrar a la joven y llevarla a su presencia.

Mas todo fue inútil y dos días después regresaban del poblado de Said los que marcharon en busca de noticias de ella.

Ya se sabía también el fracaso del ataque a los colonos.

Habían visto, vestida a la europea, a H'rabi M'lamu, en unión del que le había regalado el rifle.

Esto indicaba al sultán que se habían dado cuenta de lo que se proponía hacer y, por lo tanto, sería castigado por los Fusileros Reales, que no solían bromear cuando se trataba de castigos.

Había enviado unos guerreros para combatir a Mangara y no podía, por consiguiente, pedirle ayuda en el caso de que los ingleses le combatieran.

Tenía que recurrir para ello a Said.

Fue personalmente a visitarle.

Said trataba de evadirse de ese compromiso, pero le decidió lo que Dar-es-Nuha le dijo de que la maestra estaba informada de lo que hacía en colaboración con él y que también sabía que pensaba matar a la hija del gobernador y a su enviado especial.

Esta conversación iba a provocar una guerra con los ingleses.

Pues una semana más tarde se presentaron unos Fusileros al mando de un teniente que giraban una visita de protocolo.

Avisado Said de la presencia de estos soldados en las proximidades de su poblado, ordenó que les atacaran antes de que llegaran.

Y los soldados, que iban provistos de radios portátiles, avisaron a Entebbe de lo que pasaba. De aquí avisaron a Nairobi y salió un batallón con artillería para sofocar la rebelión de Said.

Y de esta manera casual se hizo abortar un movimiento de represalia preparado para todo el Uganda y el Sudán.

Pues los soldados que salieron para combatir a Said y castigar su rebeldía, asustaron a los que se habían comprometido con los Mau-Mau, pero que no habían entrado en acción todavía.

Los aviones bombardearon el poblado de Said, ya que no estaban dispuestos a que estos fermentos rebeldes siguieran.

El palacio de Said voló en mil pedazos a causa de las bombas.

El propio Said fue sorprendido en su palacio cuando llegaron los aviones y murió en el bombardeo de que fue objeto.

La muerte del sultán produjo la natural confusión.

Cuando los soldados entraron después del intenso bombardeo, los que quedaban en el poblado se rindieron.

Pero el recuerdo del teniente y de los soldados que iban con él y que fueron sacrificados por esos salvajes, había enloquecido a los soldados, y antes de que los jefes pudieran evitarlo, hicieron una matanza terrible.

Alguno de los supervivientes dijo que había sido Dar-es-Nuha el que metió a Said en esa rebelión.

Los evadidos del poblado de Said durante el bombardeo, se refugiaron en el poblado de Dar-es-Nuha.

Este, al saber lo que pasaba en el poblado de Said tuvo miedo y envió un emisario para decir a los soldados que tenía en su poblado a los evadidos del otro.

Cuando el capitán que mandaba las tropas recibió el mensaje, sintió una intensa repugnancia hacia ese cobarde sultán.

Y se dirigió a su poblado, pero el camino era muy difícil para los soldados montados.

Pero lo hizo con los infantes.

Dar-es-Nuha se presentó muy humilde a rendir homenaje de pleitesía a los soldados de Su Majestad.

El capitán miraba al sultán y experimentaba la impresión de que era una serpiente lo que tenía al lado.

Dar-es-Nuha mostró el rifle que le había regalado el enviado del gobernador, que iba con la hija de este.

El capitán sabía que la hija del gobernador estaba en la selva con unos amigos de Londres... y admitió como cierto este regalo y la visita a que se refería el sultán.

Ordenó que sus hombres registraran el palacio y hallaron armas en cantidad.

Esto era una prueba de su culpabilidad y de que estaba en contacto con los del Mau-Mau, ya que eran las mismas armas que se habían encontrado en Kenia a las tribus rebeldes.

Ordenó la detención de este y de su hechicero, así como del general que mandaba a los guerreros.

Este acababa de regresar de castigar a Mangara, que pudo escapar.

Llevaría a los tres detenidos hasta la capital del Territorio, para que fueran debidamente interrogados.

La responsabilidad de estos sultanes comprometía a M'Bío, y fue ordenada desde Nairobi su detención, por estar su palacio en terrenos de la Colonia de Tanganica, donde por voluntad del mismo quiso que se le construyera el palacio.

CAPÍTULO VII

El padre de Maud, que había sabido del paso de su hija por los poblados rebeldes y que temió, por lo tanto, que le sucediera una desgracia, saltaba de alegría al verla con sus amigos.

—Confieso que ya no esperaba verte más... ¡Es la última vez que marchas a la selva! —decía, abrazándola.

—Hemos pasado momentos de gran peligro, pero ahora que solo podemos recordarlo, estoy contenta de ello... Me ha permitido vivir unas aventuras que no creí posibles —dijo Maud.

Dick y Jack le saludaron.

El gobernador miraba atentamente a la joven que iba con ellos.

—Esta es la muchacha que andábamos buscando —dijo Maud—. Estaba en el poblado de Dar-es-Nuha.

—Le hemos detenido... Ha dicho que se portó bien con vosotros y esperaba vuestro regreso, en el que, repito, ya no confiaba.

—Deben interrogarle con habilidad —dijo Dick—. Es mucho lo que sabe de esos salvajes rebeldes de Kenia... Estando nosotros en su palacio recibió la visita de un emisario del general Rusia. No pude oír bien la conversación, pero ese emisario habló de cómplices ingleses en Nairobi que les decían los movimientos de los soldados... ¡Hay que hacerle hablar!

—¿Es cierto eso?

—Desde luego. Es un mangabeto muy extraño, porque habla muy bien el árabe.

—No es extraño; han pasado muchos mercaderes árabes por su poblado...

—Es cierto lo que le he dicho; él es quien puede descubrir a esos cómplices de los Mau-Mau, que son los que impiden que se tenga éxito en la represión de tales rebeldes...

—Si es cierto, enviaré ese detenido a Nairobi.

—Es aquí donde puede decir lo que sabe... Allí tendrá miedo de esos cómplices o le matarán antes de que hable... No debe decir nada a Nairobi de esto. No sabemos quiénes son los cómplices y deben ignorar que están en peligro.

El gobernador miró atentamente a Dick y dijo:

—Creo que tiene razón. ¿Quiere ayudarme? Terminaré por no fiarme tampoco yo de nadie.

—Con mucho gusto —respondió Dick.

Maud llevó a la maestra, a la que bautizaron con el nombre de Blanca, a su habitación, diciendo a las criadas que prepararan una para ella.

La muchacha estaba asombrada de lo que veía.

¡Era todo tan distinto a lo que estaba acostumbrada a ver!

Jack marchó al bar para beber unos cuantos whiskies, asegurando que los necesitaba hacía muchos días.

También se prometía no volver más a África. Había pasado más miedo en tres meses que en toda su vida. Mucho más que en la guerra y durante los bombardeos alemanes sobre Londres.

Dick hablaba con el gobernador en el despacho de este.

—¡De acuerdo! —dijo al fin el gobernador.

Llamó este a uno de sus ayudantes y le dijo:

—Este joven queda encargado del asunto del sultán... Le ruego y ordeno que le ayude en todo lo que necesite. Póngase a sus órdenes.

El aludido se inclinó ante Dick.

—Es un gran conocedor de África y de su lenguaje... —añadió el gobernador—. Es posible que conociera usted a su padre, el duque de Down.

—Le conocí mucho, milord, y le traté —dijo el empleado—. Hablaba muy bien de su hijo Richard. Supongo que es usted, milord.

—Yo soy. Gracias por el recuerdo de mi padre... —dijo Dick.

—Quiere visitar a los mangabetos detenidos —añadió el gobernador.

—Antes quiero un hombre que hable bien el árabe y que sea de confianza.

—Yo sé lo facilitaré —dijo el empleado.

Y una hora más tarde, hablaba Dick con este hombre.

—Debe hacerlo bien —decía, al final de su conversación, Dick.

—Procuraré complacerle, milord —dijo el que hablaba con él.

Este hombre fue llevado como guardián de los detenidos.

En las primeras horas nada dijo, pero en un momento en que el otro guardián había salido, dijo en árabe y con rapidez:

—Tiene que andar con cuidado... La cosa es grave.

Dígame a quién aviso de Nairobi... Hable rápido antes de que entre el otro guardián. No tendré otra oportunidad... Va a ser llevado allí...

El sultán habló con igual rapidez que el guardián. A los pocos minutos entraba el otro guardián.

Y pasaron las horas sin que saliera de allí.

Llegada la hora del relevo, miró al sultán y le sonrió.

Este quedó más tranquilo.

Dick esperaba al comisionado.

—¿Hubo suerte?

—Sí —respondió el interrogado—. Pero me parece que se ha burlado de mí. Me ha dicho que avise a Sir Lower... ¡No es posible!

—Es posible que sea el nombre que utiliza el hombre que tienen allí... Este no sabe que Sir Lower lleva años en la Colonia y que es la persona de confianza del Gobierno... Lo que hay que averiguar es quién es el que emplea ese nombre...

Pero Dick, aunque hablaba así, pensaba de muy distinto modo.

Le había preocupado mucho lo que acababa de saber.

Sir Lower había sido muy amigo de su padre, aunque era todavía muy joven, pues había ido a Kenia cuando solo tenía veintidós años, y estaba considerado como la mayor autoridad en asuntos africanos.

Tenía que decirle al gobernador lo que pasaba y sabía que era un amigo suyo el acusado por el sultán, al decir que se le avisara.

Estaba seguro Dick de que negaría si se le enviaba recado con alguien que no fuera conocido de él.

No tenía más remedio que hablar con el gobernador de esto y fue a su despacho para hacerlo.

El padre de Maud, al oírle, se echó a reír, diciendo:

—Se ha reído de ustedes. Lo que trata de decir es que como es un protegido de Inglaterra y se ve detenido, acude a la persona que lleva estos asuntos. No es que esté en relación punible con los del Mau-Mau.

Dick pensó que esto era sin duda lo que quería decir el sultán al desear que se avisara a Sir Lower.

Y las palabras del gobernador le tranquilizaron.

Pero no dejó de pensar en ello durante unas horas.

No quería visitar a los detenidos hasta que no se hubiera tranquilizado del todo.

Paseó con Maud y Blanca, como la llamaban ya todos, acompañados por Jack, y visitaron el único club que había en la pequeña ciudad, de unos diez mil habitantes.

—Parece que estás preocupado —le dijo Maud—. ¿Has hablado ya con el sultán?

—Lo haré esta tarde —respondió Dick.

Pero no negó ni afirmó que estuviera preocupado. No le gustaba la mentira, como había dicho muchas veces, y no le agradaba decir lo que le pasaba.

Más cuando estaban bebiendo los cuatro y riendo de los gestos

de Blanca, se presentó un empleado del Gobierno para decirle que el gobernador deseaba verle con urgencia.

Se disculpó con sus acompañantes y marchó al palacio del gobernador.

Este le recibió en presencia de unos visitantes que había allí.

—Son enviados de la Colonia de Kenia, con orden de su gobernador de llevar al sultán detenido a Nairobi —dijo el gobernador a Dick.

Miró este a los visitantes y respondió:

—Lamento no acceder a ese deseo del gobernador de Kenia —dijo—, pero el sultán tiene su poblado en Uganda y es aquí donde han de hacerse las averiguaciones pertinentes... Daremos cuenta a Londres de los resultados.

El gobernador sonreía satisfecho. Ese era su deseo.

Era cierto que Uganda tenía menos importancia que Kenia, pero era una administración independiente y nada tenía que ver con aquella Colonia.

—Sir Lower se da cuenta de que no tiene autoridad en este Territorio, pero como es el que lleva los asuntos de los rebeldes, desea ser él quien le interroga y les suplica que accedan a esta petición.

—Puede decir a Sir Lower que venga a interrogarle y no nos oponemos a ello —replicó Dick—; pero no salen de aquí esos detenidos hasta que no hayamos realizado las diligencias pertinentes. Aún no les he interrogado yo y soy el encargado por el gobernador de este asunto.

Los visitantes insistieron y uno de ellos dijo:

—Soy el ayudante de Sir Lower en estos casos... Le suplico en su nombre, Excelencia, que nos permita llevarlos a Nairobi... Tenemos allí más elementos de juicio que ustedes. El gobernador se lo pide como favor especial en esta carta que no consideré necesario utilizar...

Y entregó una carta al gobernador de su colega en Nairobi.

Aquel leyó la carta atentamente y la entregó a Dick.

—Ya he dicho que lo siento, señores —añadió Dick, como dando por terminado el asunto.

—Es un desprecio al gobernador de Nairobi —observó el ayudante de Lower, un poco violento.

—Yo me justificaré ante él —dijo el gobernador, en ayuda de Dick.

—Recibirán orden de Londres para que no entorpezcan una labor de meses.

—No entorpecemos nada —dijo Dick—. Lo que tratamos es de cumplir con nuestro deber. Y esto, no es una tribu de Kenia...

—¡Calma, señores! —aconsejó el gobernador—. No es necesario excitarse... Deben darse cuenta de cuál es la respuesta. Siento no poder complacer a mi amigo y compañero...

—¿Me permite, Excelencia, que interrogué a ese sultán?

—Es Lord Down quien tiene la palabra en eso.

El nombre de Dick hizo exclamar al otro visitante:

—¿Hijo del duque de igual nombre, Lord Cecil?

—Sí —contestó Dick.

—Su padre decía que sería usted uno de los mejores conocedores de África...

—Así es —dijo el gobernador—. Por eso le he encargado de este asunto. Conoce la mayoría de las lenguas que hablan los indígenas, así como sus costumbres.

—Puede interrogar al sultán, si lo desea —dijo Dick.

—Muchas gracias... ¿Dónde está?

—Yo le acompañaré —añadió Dick.

No agradó al ayudante de Lower esta respuesta, pero no dijo nada.

Y Dick fue con él hasta donde estaban detenidos los tres salvajes.

El sultán, como su hechicero, conocieron en el acto a Dick y le hablaron de su visita y de las atenciones que habían tenido con él.

El ayudante de Lower, aunque hablaban en mangabeto, interrogó en árabe al sultán.

Dick se quedó como petrificado.

Era para él lo más sorprendente que podía suceder.

La pregunta fue dónde tenía su poblado.

—¿Es que no sabe mangabeto el ayudante de Sir Lower? —dijo con ironía Dick—. Estos salvajes no suelen saber más que su idioma. ¿Qué lengua es la que usa?

El ayudante de Lower sonreía.

—Sí. Es una mezcla de mangabeto, basuto y bantú, que ellos conocen también.

—¿Quiere hacer el favor de salir? El interrogatorio ha terminado.

Y Dick llamó a los guardianes para que cerraran la puerta.

Al salir, el ayudante dijo al sultán:

—Tranquilícese; no pasará nada.

Dick hizo como que no entendía.

No habló nada con ellos durante el camino hasta el despacho del gobernador.

Este les vio llegar y dijo:

—¿Tan pronto?

—¡No me ha dejado interrogarle!

—Lo estaba haciendo en un idioma que no es el del sultán y, sin embargo, este hombre tenía la seguridad de ser comprendido... Le ruego, Excelencia que detenga a estos dos hombres y dé cuenta de ello a Londres y no a Kenia.

Los dos visitantes miraban aterrados a Dick.

—¡Esto es un abuso! —gritó el ayudante—. Soy un enviado del gobernador de Kenia.

—¡Es un traidor! —gritó Dick descompuesto—. Le ruego acceda a mi súplica.

El gobernador hizo sonar la campana que tenía sobre la mesa.

Cuando se presentó el funcionario, le dijo:

—Que venga el jefe de la guardia.

—¡No debe acceder, Excelencia! —dijo el ayudante de Lower—. ¡Es un atropello!

—Daremos cuenta a Londres de nuestros actos.

Cuando aparecía el jefe de la guardia, llegó un radiograma de Londres ordenando al gobernador que pusiera a los detenidos a disposición de la Colonia de Kenia. La orden era terminante y urgente. No había medio de negarse.

Entregó al despacho a Dick y este se encogió de hombros, diciendo:

—¡Está bien! Después de todo, no pertenezco a este Gobierno...

—Daré cuenta de lo que sucede —dijo el gobernador.

—No puede oponerse. Es terminante la orden. No debe discutirla. Deje en libertad a estos dos... «caballeros».

Así lo hizo el gobernador.

Dieron las gracias los dos que iban a ser detenidos y el gobernador dijo que se hicieran cargo de ellos.

Los iban a llevar en avión.

Dick salió del despacho para reunirse otra vez con sus amigos, pero estaba tan disgustado que Maud se dio cuenta en el acto de lo que le pasaba y él le dio cuenta de lo sucedido.

—Mi padre no ha debido acceder...

—Le hubieran destituido automáticamente desde Londres. Pero no se van a reír de mí...

—Lo que tienes que hacer —dijo Jack— es dejar estos asuntos y volvernos a casa.

—¡Ha de oírme el Ministro de Colonias! ¡Y me va a oír donde más daño ha de hacerle: en la Prensa! Así conocerá el país la

capacidad de nuestros hombres de Gobierno.

—Ahora estás muy disgustado... Tienes que serenarte... Vamos a dar un paseo. ¿Nos esperáis aquí? —dijo Maud a los otros dos.

—También pasearemos nosotros... Nos reuniremos más tarde en casa.

Maud llevó a Dick al parque, donde se sentaron en un banco.

—Tienes que serenarte, aunque comprendo que estás en lo cierto... Son unos traidores Lower y su ayudante, pero no podrás demostrarlo...

—Me han quitado la pieza que lo iba a demostrar... Y no le dejarán que hable. Van a asesinar a ese sultán.

Costó mucho tiempo y larga conversación a Maud tranquilizar a Dick, que había tomado la decisión de ir a Kenia y hablar con el gobernador.

Cuando regresaron a la casa, dijo Dick que quería hablar con el Capitán que había detenido al sultán.

Y estuvo más de dos horas de conversación con él.

Le dio una extensa carta para el Jefe de los Fusileros Reales, en Kenia.

CAPÍTULO VIII

Maud habló con su padre.

—Estoy seguro que Dick tiene razón... Cuesta trabajo admitir la traición de Lower, pero es verdad. Voy a redactar un extenso escrito dando cuenta a Londres de lo que ha pasado. El ayudante de Lower no sabe que Dick conoce ese dialecto árabe tan poco usado ya.

—Dick piensa marchar a Kenia...

—Iré yo para hablar con el gobernador sobre esto y que se vigile a Lower...

—No debes moverte... Sospecharían en el acto lo que intentas... Deja que Dick se mueva con libertad. El gobernador es íntimo de él. Su padre y el gobernador estudiaron juntos y fueron compañeros de juventud. Le atenderá mejor que a ti... —dijo Maud.

—Es que me gustaría ayudarle...

—¿Sabes lo que teme? Que maten al sultán para que no pueda hablar...

—Es posible que también en esto tenga razón —dijo el padre.

A la mañana siguiente se enteraron de que Dick había pedido plaza en el avión que iba a Nairobi.

El padre de Maud redactó el extenso escrito, que mandó a Londres con el epígrafe de muy urgente.

Maud llegó al aeropuerto, muy cerca de la población, antes de que saliera el avión en que marchaba Dick, para despedirse de él y reñirle por tratar de escapar sin decir nada.

Dick se echó a reír cuando la vio.

Ella le abrazó, riéndose a su vez.

—¡Eres un loco! Pero aun así ¡te quiero! He venido a decírtelo por si lo habías olvidado.

—Ya sabes que no se me puede olvidar...

—No cometas muchas locuras en Nairobi y... ¡mucho cuidado con la colonia británica y las hebreas que dicen hay allí!

Le dijo adiós hasta el momento de arrancar el avión.

Dick llegó a Nairobi, ciudad que conocía muy bien y en la que había dejado buenos amigos.

El equipaje que llevaba constaba solamente de pijama, zapatillas y objetos de aseo.

Se encaminó al hotel en que se hospedaba siempre que iba a aquella población:

El conserje salió a recibirle en cuanto le hubo conocido y le saludó con agrado.

Dejó el escaso equipaje, que estaba llamando la atención del conserje.

—Es que estoy en Uganda —le dijo para justificarlo—. Marcharé muy pronto y después volveré más despacio.

Marchó al palacio del gobernador.

No conocía al empleado que estaba encargado de recibir las visitas.

—¿Ha sido citado por Su Excelencia? —preguntó a Dick.

—No es necesario pásele mi tarjeta.

—Lo siento, pero no recibe nada más que a los citados.

—¡Le digo que pase mi tarjeta!

—Tengo orden de no pasar a nadie que no haya sido previamente citado y...

Dick apartó al empleado y abrió la puerta que comunicaba con el pasillo al final del cual estaba el despacho del gobernador.

Llamó el empleado a la guardia y corrieron detrás de él, llamándole a gritos y conminándole con amenazas.

El empleado tenía en la mano la tarjeta de Dick.

Se asomó el gobernador al oír el ruido en el pasillo.

—¡Dick! —exclamó contento—. ¡Qué alegría de verte! Pero ¿qué es lo que pasa?

—No me dejaban entrar sin haber sido citado previamente...

El gobernador avanzó solemne hasta donde se hallaba el empleado.

—¿Quién le ha dicho a usted —dijo— que no recibo a nadie más que a los citados?

—He creído...

—¿Quién es el que controla mis visitas? ¡Hable! ¿No le han dado una tarjeta, que veo en su mano? ¿Por qué no quería que me visitara? ¿Quién es usted para decidir los que debo y no debo recibir...?

—¡Ya se lo explicaré, Excelencia! —dijo Dick.

—¿Tú?

—¡Sí, yo! Este caballero me ha conocido, porque ha trabajado con Mr. Lower mucho tiempo y no quería, por orden de su exjefe, que le visitara a usted.

—¿Es eso cierto? ¡Bueno! Ya lo aclararemos... Que quede detenido y que no se le deje hablar con nadie —dijo el gobernador al jefe de la guardia.

—Es cierto, señor, que tenía orden de Mr. Lower para no dejar

entrar a milord. Quiere hablar él antes con este caballero. Es lo que le iba a decir cuando me empujó violentamente.

—¡Incomunicado! Y que nadie hable de lo que ha pasado —dijo el gobernador.

El empleado estaba compungido.

Dick siguió al gobernador hasta su despacho en el que permaneció más de dos horas.

—¡Sospecho de él hace tiempo, pero no tengo una sola prueba y cuenta con amigos muy influyentes en Londres que no admitirían la acusación un solo segundo! —dijo el gobernador.

—Pues no hay duda que es el que informa de todo lo que hace o intenta contra el Mau-Mau... En estas condiciones, está usted condenado al fracaso, Excelencia.

—Tienes que ayudarme...

—He estado muy cerca de desenmascararle... pero el radiograma de Londres lo impidió. Confieso que me incomodé... y que estaba decidido a dejar este asunto, pero está usted por medio y no quiero que se ría ese miserable.

—Yo te ayudaré en todo lo que pueda...

—Quiero hablar con el jefe de los Fusileros, donde no nos oigan...

—Le citaré en este despacho... y os dejaré solos.

—Gracias, Excelencia. Cuando yo le indique, cambie a Lower de sitio. Le manda a visitar un poblado basuto... Yo le diré la causa que ha de inventar.

—Ahora comerás conmigo...

—No. No quiero que me vean por aquí.

—Sabe Lower que eres muy amigo mío... No le extrañará tanto como si no vienes.

—Ha de estar en guardia porque llamé traidor a su ayudante.

El gobernador sentó a Dick a su mesa, siendo saludado con cariño por la esposa de aquel.

Después de comer y, siguiendo instrucciones de Dick, llamó a Lower, quien al ver a Dick le tendió la mano saludándole:

—Me alegra verle por aquí, milord... Ya me ha dicho mi ayudante que se insolentó con él, que llevaba instrucciones mías.

—¡Sir Lower! —dijo el gobernador—. ¿Quién ha teleografiado a Londres sin que se me avise de ello?

—Fui yo, excelencia, Era urgente y pensaba darle cuenta más tarde. Se me olvidó y pido perdón.

—Acabo de telegrafiar, diciendo que yo no sabía nada y que se ha usurpado mi nombre...

—Es cierto que me he excedido, pero fue con la mejor intención de servir a Inglaterra.

—¿Dónde están esos detenidos?

—He de comunicarle una terrible desgracia... ¡Han muerto los tres! ¡Debían traer con ellos una cobra y les ha mordido...!

—¿A los tres? —dijo Dick.

—Sí... ¿Es que lo pone en duda?

—No soy yo, Sir Lower; son los científicos... La cobra solo muerde dos veces y descarga todo su veneno... ¡Puede preguntarlo! Usted es un conocedor de África y sus habitantes... ¿No lo sabía?

—Es cierto... Es lo que he oído siempre... Pero la sedad es que los tres han aparecido muertos... y solo había una cobra...

—Mal paso de los asesinos de esos hombres; debieron darse cuenta de esa circunstancia —observó Dick.

—Usted ve traidores en todas partes, milord... Llamó traidor a mi ayudante porque le interrogaba en un idioma que conocía Dar-es-Nuha.

—¿Y cómo lo sabía su ayudante?

—Porque me acompañó cuando estuvieron aquí los sultanes.

La respuesta era lógica y Dick, que se dio cuenta de que pisaba terreno falso, guardó silencio, después de decir:

—Yo estaba hablando con el sultán en mangabeto. Debió él hacerlo también.

—No conoce mi ayudante ese idioma...

—¡Ah!... ¡Mediocres ayudantes se busca Sir Lower!

—Es una contrariedad que me colocará en una situación difícil ante los sultanes cuando se enteren —dijo el gobernador.

—Debe buscar quiénes de sus hombres, que tenían acceso a los detenidos, no querían que Dar-es-Nuha dijera lo mucho que sabía... Pero se han olvidado que estuve en su poblado tres semanas...

El gobernador vio cómo palideció Lower.

—No creo que ninguno de mis hombres tuviera interés en impedir que hablara ese sultán.

—Entonces, habrá que pensar en usted, Sir Lower —dijo Dick con tranquilidad.

—Tiene fama de insolente, milord, pero no me agrada se me hable así...

—Sirvo a Inglaterra, Sir Lower, no lo olvide. Lamentó que mi lenguaje no le agradé, pero no pienso modificarlo y siempre me tiene a su disposición...

—¡Calma! —gritó el gobernador—. Estoy disgustado con lo del telegrama radiado, Sir Lower. Espero que no se repita.

—No se repetirá, señor...

Se retiraba Lower y Dick dijo:

—¡Un momento! Excelencia. ¿Quiere ordenar que hagan la autopsia a esos cadáveres? Sir Lower debe estar con nosotros para que reciba el dictamen directamente... Así no creará que soy yo el que quiere mal a sus hombres.

—¡He de marchar y no es usted quien da órdenes aquí!

—Soy yo el que le ruega nos acompañe —dijo el gobernador—. Y si lo prefiere, se lo ordeno.

Palideció aún más Lower y guardó silencio, pero miró con odio intenso a Dick.

Ordenó el gobernador que el médico del regimiento hiciera la autopsia a los tres muertos en la prisión.

La noticia que le dieron al gobernador le dejó suspenso.

—¡Eh! ¿Qué han sido enterrados ya?

—Fue orden mía, Excelencia —dijo Lower.

—Sí —añadió el gobernador por teléfono—; que los desentierren y les hagan la autopsia.

Colgó el auricular y añadió:

—¡Lower, todo esto resulta muy sospechoso! No me había dicho nada de los detenidos. Nada de su muerte y nada de que habían sido enterrados. ¿Es que yo no soy nadie?

—Son asuntos de mi departamento y pensaba darle cuenta...

—¡Pero no lo hizo...! —exclamó Dick sonriendo—. He tenido que venir yo para que su Excelencia se entere de lo que pasa aquí...

—He actuado siempre así y nunca se me llamó la atención —dijo Lower.

—No era lo mismo que ahora... Se ha hecho callar a un testigo valioso y usted da orden de que se les entierre. Admite que una cobra muerda tres veces, cuando sabe que esto no es posible y no les deja el tiempo obligado después de muertos. ¿Quiere decir qué doctor certificó su muerte? —añadió Dick.

—No lo consideré necesario. Al ver la cobra, supuse que había sido ella.

—¿Dónde traían los detenidos la cobra? ¿Es que no sabe que habían sido detenidos en Uganda y estado presos allí, donde se les registró minuciosamente?

—Estaría en la prisión...

—¡Eso es absurdo! —exclamó el gobernador.

—Pero es cierto que estaba allí... Yo la vi y aseguro que no la llevé. No me agradan esos animales como juguete...

Guardaron silencio los tres.

Llegó la hora de la cena y Lower fue invitado.

Estaba nervioso y no comió apenas.

Bastante tarde, se presentó el doctor.

—Han sido asesinados, Excelencia —dijo—. Emplearon veneno de víbora en un arma que les hirió. La carga de veneno era fuerte porque murieron casi en el acto.

—Gracias, doctor. Nada más —dijo el Gobernador.

Miró a Lower y agregó:

—¿Qué dice ahora?

—Es una sorpresa para mí...

—Y para mí —añadió el gobernador.

Hizo sonar la campana y pidió que avisaran al jefe de la guardia y al de Policía de la ciudad.

—¡No pensaré, Excelencia, que he sido yo quien les asesinó! —exclamó Lower.

—Es lo que van a aclarar los dos personajes a quienes he llamado. No hay duda de que han sido asesinados... Ahora aclararemos quiénes son los que han estado con ellos... Desde luego, es usted el más sospechoso, porque telegrafía a Londres utilizando mi nombre para traer esos detenidos y mueran sin darme cuenta de nada... ¡Un hombre de honor, se suicidaría antes de que se demostrase que es un traidor a su patria!

Lower sudaba copiosamente.

—¿Por qué dio órdenes de que no se dejara entrar en mi despacho a este amigo?

—Quería hablar primero con él.

—¿Y qué es lo que quería decirme? —inquirió Dick.

—Que habían muerto los detenidos...

—Debió decirlo al gobernador, no a mí. ¡Es su jefe!

—Estaba un poco confundido con lo que había pasado y quería que me ayudara con su amistad en esta casa.

—¡Es usted un cínico, Lower! Ya sabe que siempre digo lo que pienso. Un cobarde, un traidor y un asesino. ¡Su ayudante dijo al sultán que estuviera tranquilo, que no pasaría nada... y le asesinan al llegar aquí!

—Si dice que no habló en mangabeto. ¿Cómo sabe lo que le dijo?

—Porque conozco ese dialecto árabe tan bien como ustedes —contestó en árabe Dick.

Los ojos de Lower se abrieron con sorpresa y terror.

—Cometió la torpeza de no pensar que yo podía conocer esa lengua. Y tenía prisa en tranquilizar al sultán... Ha sido la mayor

torpeza de todas. Y son muchas las que han cometido.

—¡Trataré de averiguar lo que haya en todo esto, porque estoy dudando ya de que es cierto lo que se me dice!

El gobernador se dejó engañar por la actitud, que parecía sincera, de Lower y le dejó marchar hasta el día siguiente, que tenía que volver allí.

Dick fue quien estuvo hablando con los dos a quienes mandó llamar al gobernador.

El policía escuchó con suma atención lo que Dick dijo. El otro ya conocía el proceso. Solamente ignoraba lo de la muerte de los tres detenidos.

—Parece que ha sucedido lo que usted temía, milord —dijo a Dick.

—Estaba seguro de que no querían que hablara... No se han detenido ante el crimen. Y el gobernador ha cometido la torpeza de dejar marchar al mayor culpable de ello...

Cuando salieron los dos del palacio, cada uno se puso a trabajar en lo que se les había encargado.

El militar mandó un batallón en busca de M'Bío.

El policía buscó al ayudante de Lower.

Pero este había desaparecido de la ciudad.

A la mañana siguiente no se presentó Lower en el palacio del gobernador.

Cuando fueron a buscarlo a su casa, supieron que había marchado la noche anterior.

No dijo nada Dick al gobernador.

Fue este el que comentó:

—Tenías razón... Es un cobarde y un traidor...

—Y dará mucha guerra, como su ayudante, por no haberles detenido ayer. Pero ha tenido miedo de sus amigos de Londres.

La crudeza de lenguaje de Dick era popular y por ello no se disgustó el gobernador, porque no había mala fe en él.

—¡Hay que buscar a los dos...! —dijo el gobernador.

—¡Hay que ir a la selva para ello! Se van a unir a esos rebeldes... Lo que tiene que hacer, es enviar una circular a todos los puestos aduaneros para que sepan que no forma parte de este Gobierno territorial. Y dé la orden de detención si le ven en alguno de ellos.

El gobernador obedecía en todo a Dick, arrepentido de no haberlo hecho antes.

La policía tenía que averiguar si había alguien en la ciudad que hubiera estado de acuerdo con los dos que marcharon.

Era una labor difícil y lenta, pero confiaban en tener éxito.

Lo primero que hicieron fue averiguar quiénes eran los más íntimos de ellos.

En el caso de Lower era más difícil porque trataba a toda la población y era muy estimado en general.

Dick aconsejó que no se dijera nada de lo que había pasado para que quedase entre ellos tres.

—Es el único medio de que puedan averiguar algo —opinó Dick.

También el policía estaba dispuesto a seguir los consejos del joven.

* * *

Llegaron Maud, Jack y Blanca invitados por el gobernador.

Dick no se atrevía a marchar. Hacía averiguaciones por su parte, para saber quién era la persona que servía de enlace a Lower con los rebeldes de la selva.

Visitaba el club que antes había visitado siempre que estaba allí.

Una noche, sintió ese presentimiento que le asaltara durante la guerra. Una sensación extraña de peligro.

Y, sin embargo, reinaba la mayor tranquilidad a su lado.

La mayoría de los que estaban allí, eran conocidos.

Empleados y plantadores. Colonos acomodados.

Solamente dos le eran desconocidos; pero hablaban amablemente con el *barman*, que no era el mismo que conociera en viajes anteriores.

Esperaba a Maud, que había quedado en ir para bailar un poco antes de cenar.

Seguía siendo invitado del gobernador, como Blanca y Jack.

Este era hijo de otro amigo del gobernador.

Uno de los dos a quienes no conocía, se acercó a él para preguntarle:

—¿Es usted Lord Down?

—Yo soy —respondió Dick mirando al que le hablaba.

—He oído hablar de usted y le admiro... Mi nombre no le dice nada a usted. Por eso no se lo digo... Ha descubierto algo de que no se daban cuenta los que estaban aquí cada día... Inglaterra tiene una deuda con usted...

—No sé a qué se refiere —dijo Dick sereno.

—Me estoy refiriendo al asunto de Sir Lower... Le veía muchas noches aquí hablando con unos y con otros; pero especialmente con alguien que le interesaría a usted saber...

Se quedó en suspenso el que le hablaba para beber de su

combinado.

—No importa que no quiera decir lo que ha pasado con Sir Lower... Es posible que no haya marchado de la ciudad y que se encuentre en una casa de aquí...

—Es mejor que hable con claridad si es que tiene algo que decir —cortó Dick.

—Piense, milord, que mi fortuna no es como la suya... Vine para hacerla y no lo he conseguido aún...

Había un cinismo, que hacía gracia a Dick, en las palabras de ese hombre. El compañero de él estaba pendiente de todos y muy especialmente de la puerta de entrada al local.

—¿Cuánto? —dijo sonriendo Dick.

—¿Le parece bien quinientas?

—¡No merece la pena! No soy policía... Debe ofrecerle sus servicios a ellos.

Y Dick volvió la espalda al que le hablaba, dándole a entender que había terminado.

—Yo no tengo dinero y pido quinientas... por una información que le interesa. En cambio, usted, cuya fortuna se eleva a millones, busca las alhajas de la fabulosa Griega... Arrancó a H'rabi M'lamu de los mangabetos... La descendiente de aquella hermosísima mujer...

Esto era más interesante para Dick que lo del propio Lower y miró con gran atención al que le hablaba.

La sensación de peligro que le era tan familiar no había desaparecido. Al contrario, se acentuó aún más.

—¿Quién le ha dicho todo eso?

—No es usted el único que ha investigado en la historia de las fabulosas alhajas... Conozco la historia de Egipto tan bien como usted y hemos estado juntos en Roma con la misma finalidad. Consultar los archivos de los misioneros. También yo deduje que el nombre que los mangabetos daban a esa muchacha, podía tener relación con la Griega. Los historiadores que desconocían entonces esta parte de África no admitían que viniera tan lejos con su numeroso séquito.

Era interesante lo que decía y le escuchaba con gran atención.

—Reconozco que hemos coincidido en el problema...

—Pero es usted el que ha arrancado a esa muchacha de los salvajes y la está transformando en una reina, como corresponde a su origen, porque su pariente no fue una ramera como afirman algunos historiadores, sino la hija de un emperador del desierto que deslumbró a Tebas con su belleza.

—Creo que es una fantasía lo de las alhajas y hay momentos en que dudo de esta muchacha... Es la hija de un cazador blanco; su madre lo era también —dijo Dick.

—Pero sabe que la madre era hija, nieta, biznieta y tataranieta de mujeres como ella. La naturaleza, en uno de sus caprichos, quiso que el cruce de sangre reiterado no afectara a la piel de las herederas de aquella mujer tan guapa. Aunque si hacemos caso a los misioneros, que conocieron a las anteriores, es esta la más hermosa de todas... Las alhajas existen y las tiene en su poder el Gran Sultán... Hay relatos de misioneros que hablan de ellas, asombrándose de que esos salvajes, que no tienen la menor instrucción artística, fueran capaces de labrar esas joyas tan admirables... Debió permitir que se casara con el hijo del Gran Sultán, para que la viera luciendo los collares que deslumbraron la corte más fastuosa que hubo en la Tierra.

Dick le miró con simpatía. Demostraba ser un gran conocedor de la Historia.

—Si está tan seguro de que las alhajas se hallan en poder del Gran Sultán, ¿por qué no intenta quitárselas?

—Era otra de las cosas que trataba de pedir a usted. Pero por esto pido mucho más... La mitad de lo que valgan.

—Ahora que ya sé dónde están, ¿quién puede obligarme a partir? Yo puedo llegar hasta el palacio del Gran Sultán...

—Pero no sabe dónde las guarda y yo sí... Por eso hace falta que estemos unidos... Usted puede ir con los Fusileros de visita... Yo le acompañaré como ayudante... Lo demás, una vez allí, instalados en el palacio, corre de mi cuenta. Llevo dos años preparándome para este robo... y jugando con mi vida. Porque hay que enfrentarse con una colección de cobras que defienden esas alhajas. Hoy estoy casi inmunizado y, si me muerden, no moriré tan pronto como otros. Mi sangre ha soportado dosis muy fuertes ya de ese veneno. Dosis que, de darlas a un buey, moriría en el acto.

La simpatía hacia este hombre aumentaba por momentos y no se explicaba que la sensación de peligro persistiera.

Al volverse hacia la puerta por si llegaba Maud, descubrió unos ojos fijos en él de un cliente que estaba solo en una de las mesas.

En este momento tenía la seguridad de que allí estaba el peligro que captaban las antenas de su sexto sentido.

—Mire con disimulo y dígame si conoce al hombre que está solo en aquella mesa junto a la puerta —dijo Dick con naturalidad.

Así lo hizo el otro y contestó:

—Es un criado de la casa en que supongo se halla Lower. Debe

tener cuidado, porque soy amigo de esa casa y han de suponer que le estoy informando. Saben que como no tengo dinero para seguir en África, soy capaz de obtenerlo de cualquier cosa, hasta como Fausto, de la venta de mi alma... A mí no me toman en consideración, pero a usted le temen.

—No venda más noticias... Yo sufrago su estancia en África hasta que encuentre esas joyas que serán tuyas, o muera en el intento. Le tomo a mi servicio, si no tiene inconveniente en ello...

El otro miró a su amigo.

—¡Está bien! —exclamó Dick—. A los dos.

Los rostros de ambos amigos denotaban felicidad.

CAPÍTULO IX

—Mi nombre es Tom Lester. Este se llama Harry Dover —dijo el que hablaba.

—El mío, no es necesario decirlo, ¿verdad? —dijo Dick al tenderles su mano.

—¡Harry Dover! —añadió Dick—. ¿Dónde he oído ese nombre?

—He estado en la R. A. F., también, Mayor Down. Era teniente de Cazas...

—¡Claro, eso es! ¡Ahora lo recuerdo perfectamente! ¡Un héroe! Su nombre fue citado muchas veces en la orden...

—Hoy estoy sin un penique, metido con este en una historia de aventuras.

—Me alegrará poder ayudarles a conseguir esas alhajas...

—La mitad para usted, milord —dijo Tom.

—Le pertenecen por entero si las consigue... Me conformo con que me deje sacar unas fotografías de ellas —dijo Dick—. Ya sabe que no necesito dinero. Solo quiero demostrar documentalmente que «nosotros» teníamos razón al enjuiciar este hecho histórico.

Tom sonreía complacido.

—¡No se equivocaba este con usted! Yo le enjuicié mucho peor. ¡Cuidado con ese tipo!... No deje de vigilarle.

—¿Dónde está de criado?

—Bueno, ya no hace falta que suelte las quinientas. Es el mayordomo de la mujer más hermosa de la ciudad y la más misteriosa.

—¿Zoraida?

—¿La Egipcia? Sí señor. Mi paisana. Yo soy de Alejandría. Por eso visito esa casa y en ella como hace tiempo, sin pagar nada, claro está.

—¿Por qué supone que está Lower en esa casa?

—No podría explicarlo, pero he visto cosas que me han hecho pensarlo así...

—¿Y no teme que le castiguen si se descubre que está allí y le detiene la policía?

—Me parece que no lo sentiría mucho Zoraida... Ha debido meterse sin contar con ella o para cobrarse servicios que hizo cuando él aparecía como un personaje...

Dick quedó pensativo.

Le sorprendía que Lower se quedare en la ciudad. Lo más probable era que Tom se equivocara o que Zoraida le hiciese creer eso, por conocerle, para que fuera a ver a Lord Down...

Su sexto sentido no le había engañado nunca y estaba seguro de que había una trampa en todo eso.

No creía que la tendiera Tom de modo consciente y de acuerdo con nadie porque lo que le interesaba a él eran las alhajas que había ido buscando. Y si le tendía una trampa para que le mataran perdía la oportunidad de llegar al palacio de M'Bío.

No pudo seguir pensando porque se presentó Maud, que corrió a su lado.

Se quedó paralizada al ver que estaba con dos desconocidos. Aunque, como confesó después, eran dos rostros que había visto varias veces, en la ciudad en los días que llevaban en ella.

Se despidió de los dos amigos recién adquiridos y les dijo que ya les avisaría con tiempo la salida y que podían instalarse en el hotel donde tenía él la habitación diciendo que eran ayudantes suyos.

Cuando se marcharon los dos jóvenes, habló Dick de ellos con verdadero entusiasmo. Especialmente de Tom, que le parecía muy culto e inteligente.

Bailaron durante una hora y el mayordomo de Zoraida, la mujer enigma de la ciudad no se levantó de la mesa ni cambió de postura.

No quiso decir nada de él por no asustar a la muchacha.

Al terminar, salieron los dos hablando y de pronto una vez en la calle, empujó violentamente a Maud, al tiempo que se dejaba caer al suelo disparando con rapidez contra el criado de la Egipcia, que recibió la bala en el rostro.

Por encima de los jóvenes pasó un cuchillo, lanzado por el que resultó muerto.

Ayudó a levantarse a Maud y la explicó lo que había ocurrido.

Uno de los que habían presenciado el hecho, recogió el cuchillo. Dick le gritó:

—Cuidado con él. ¡Ha de estar envenenado!

El que lo recogió, lo dejó caer otra vez al suelo y se frotó las manos con el pañuelo.

Limpió el vestido de Maud y la dijo:

—¿Te hice daño? Me asustó el que pudieras ser alcanzada por el cuchillo.

—No es nada; me has asustado porque no esperaba que me empujaras así...

Recogió Dick el cuchillo y marchó con él hasta la oficina de la policía para dar cuenta de lo que había pasado entregando el

cuchillo.

Mandaron examinar el arma y supieron muy pronto que tenía una gran dosis de veneno.

Un solo rasguño con él habría sido la muerte inmediata.

El jefe de Policía, en persona, con dos de sus hombres, se presentó en el palacio de la Egipcia.

Salió ella a recibirle con una sonrisa agradable, que aumentaba su gran belleza.

—¿Dónde está su mayordomo? —preguntó el policía.

—Marchó hace mucho tiempo y me tiene preocupada su tardanza. ¿Es que le ha pasado algo?

—¡Ha muerto! Supongo que ya lo sabe. Así que dejemos los disimulos.

—No sabía nada —exclamó la bella con un gesto de natural sorpresa.

—No lo creo; así que huelgan las escenas y comedias... ¿Quién le mandó atentar contra Lord Down? ¿Usted?

—Y, ¿por qué iba a hacerlo? He visto una sola vez a ese hombre en mi casa y fue correcto en todo momento...

—¿Dónde está Lower?

—Eso es lo que quisiera saber porque me debe dos mil libras —repuso ella.

—Voy a registrar su casa... —dijo el policía.

—Puede empezar a hacerlo, pero permítame que diga a los clientes que se marchen. No quiero que sepa quiénes son los que gustan del juego y la bebida...

—No se moverá de aquí...

—¡No está bien esto!... Sabe que mi casa es respetada siempre y...

—¡No insista! Pueden empezar —dijo a sus hombres el policía.

Ella se encogió de hombros y sugirió:

—Podemos esperar bebiendo, ¿no le parece? Tengo un *whisky* legítimo.

—No me gusta beber —rehusó el policía.

—Pero a mí, sí.

—¡No se mueva de aquí!

—Puede venir conmigo... Quería evitar que descubrieran a buenos amigos suyos fumando opio... Pero ya saben que se fuma en esta casa y no me lo han prohibido... Lower me autorizó varias veces y usted lo sabe.

El policía se sentía avergonzado porque era cierto que él sabía lo del opio. Lower le había hablado varias veces en favor de ella y

accedió.

—¡No es eso lo que me importa ni lo que busco! —dijo el policía.

—Pues no encontrará otra cosa.

No dejaron de discutir el tiempo que tardaron en regresar los policías de su registro.

—No se ve a Lower —dijeron.

—Podemos marchar... Pero mañana no deje de ir a mi oficina. He de hacerle unas preguntas sobre su mayordomo.

—No faltaré.

Dick, que estaba esperando el resultado de la visita, comprendió en el acto que habían fracasado.

—Pues tengo la seguridad absoluta de que está en esa casa. Hay que vigilarla estrechamente y desde este momento, sin que se den cuenta de ello. Sobre todo, la salida falsa...

—Han registrado con cuidado mis hombres y no han visto nada.

—Le digo que está allí —insistió Dick—. He pensado durante este tiempo y estoy seguro de que Tom sabe que está allí, pero no lo ha dicho por la paisana, a la que debe gratitud...

El policía no quiso insistir.

—¿Levantaron a los que estaban bebiendo y fumando opio?

—No —dijo uno de los policías que habían hecho el registro.

—No. Había dos o tres que no los he visto antes... Tenían barba y... ¡Calla! Es posible que milord tenga razón... Uno de esos bien podría ser Lower con barba... ¡Hay que volver inmediatamente!

Y los dos policías echaron a correr.

—Que otros vigilen la puerta falsa —pidió Dick.

Así lo ordenó el jefe.

Al llegar a la casa, uno de los policías marchó hacia la puerta trasera y el otro llamó en la principal.

Tardaron unos minutos en abrir y el policía insistió.

Abrió una de las criadas. No dejaba entrar al policía, pero este, sin hacerla caso, la apartó sin tener en cuenta los gritos de ella.

Se detuvo el policía al oír varios disparos en la parte trasera de la casa.

Corrió por la casa, pero encontró una de las puertas que comunicaban con el patio central que había de cruzar, cerrada.

Luchó inútilmente para que la abriesen.

Entonces trató de salir por la puerta principal y la halló cerrada con llave.

Estaba en una ratonera. Hasta que un criado acudió y abrió la puerta.

Cuando llegó a la puerta trasera encontró el cadáver de su

compañero.

Entró en la casa como un loco por la puerta abierta y empuñando la pistola.

Disparó dos veces sobre otros tantos criados que encontró a su paso.

Llegaron los otros policías que habían sido designados para vigilar la puerta trasera y al ver el cadáver del compañero y oír los disparos dentro de la casa, entraron también.

Contuvieron al compañero que lloraba de rabia.

—¡Fui yo el que le dijo que vigilara la parte de atrás! —decía—. ¡Yo le he matado!

Le tranquilizaron entre todos.

Zoraida había desaparecido de la casa.

Avisaron a Dick de lo que pasaba.

En la casa de Zoraida faltaba el coche que utilizaba ella.

—Deben dirigirse a la selva —dijo el policía que hablaba con Dick.

—Hay que evitar que lleguen... Hay mucha distancia... ¡Necesito un avión!

—No se puede volar de noche —advirtió el gobernador.

—Lo he hecho muchas veces en la guerra... ¡Un avión!

—Que le lleven en mi coche al aeródromo... Y que pongan a su disposición lo que desee...

—Voy contigo —se ofreció Jack.

—Avisa a Tom. Está en el hotel.

—Es mejor que le recojas tú con el coche —dijo el gobernador—. Ganarás tiempo.

Dick salió para que le llevara al aeródromo pasando por el hotel para recoger a Tom.

El gobernador había telefoneado personalmente al aeródromo para que facilitaran a Dick todo lo que precisara.

Tom, que estaba cenando, al ver a Dick en el comedor se puso en pie y fue a su encuentro.

—Necesito su concurso, Tom —dijo Dick.

Y de forma rápida le dio cuenta del atentado de que había sido objeto y de lo que pasó en casa de Zoraida.

—¡No quiero que esos asesinos puedan escapar al castigo que merecen! Vamos a salir en un avión para alcanzarles y veremos su luz en la carretera. Estamos acostumbrados a volar de noche. ¿Verdad?

—¡Ya lo creo!... Déjeme pilotar a mí... Bajaré tanto que les podremos arrancar el salacot...

—Si conoce el avión, dejaré que sea usted quien pilote... Yo me encargo de lo demás.

Tom salió contento.

—Hace mucho tiempo ya que no monto en un avión para pilotarle y creí que no volvería a hacerlo...

—Si no encuentra esas alhajas y no se hace rico, le recomendaré a una línea aérea para que trabaje de piloto... ¿Le agradaría?

—Sería el hombre más dichoso... —dijo Tom subiendo al coche que les esperaba a la puerta.

Cuando llegaron al aeródromo se encontraron a un piloto que les estaba aguardando.

En el centro del campo, un avión bimotor en marcha.

—Tienen esencia para seis horas —dijo el piloto—. Me ha dicho el gobernador que es usted piloto, milord...

—Y este amigo también... ¿Es un Douglas?

—Sí —dijo Tom—. Es un Douglas... ¡Es un viejo amigo mío! No es de reacción, pero funciona bien...

Los dos jóvenes se encaminaron al avión, subiendo primero Tom quien luego de repasarlo todo, dijo:

—Todo está en orden, Mayor. ¡Cuando quiera!

Riendo, subió Dick, que llevaba un fusil ametrallador.

—Necesitamos bengalas... —dijo al piloto.

—Lleva tres docenas en el pañol —dijo el piloto.

—¿Bombas de mano?

—También, pero son de doce libras...

—Mejor —dijo Dick.

Minutos más tarde, el piloto admiraba el despegue magnífico que hizo Tom.

No había duda para él que sabía lo que era un Douglas.

Dick iba sentado al lado de Tom.

—¿Conoce dónde están las carreteras? Me interesa la que va a la selva...

—Tardarán mucho en llegar a ella... Hay bastante distancia —dijo Tom—. Dentro de poco estaremos sobre ella nosotros, y la seguiré sin desviarme. Aun me obedecen estos aparatos.

Tom estaba muy contento.

Una hora más tarde, dijo Tom:

—Ahí tiene el coche, Mayor...

Le agradaba dar el tratamiento militar.

—Voy a descender cuanto me sea posible —añadió—. Han apagado las luces. Se han dado cuenta de que son ellos lo que nos interesa... Prepare las bengalas... Me voy a elevar para confiarles.

Lower, que iba en el coche con su ayudante y Zoraida, dijo:

—¡Ese avión viene detrás de nosotros!

—Vuelan muchas veces en pruebas nocturnas... —dijo Zoraida

—. Los pilotos suelen ir por mi casa...

—¡Digo que somos nosotros lo que buscan...! ¡Apaga esas luces!

El ayudante que conducía obedeció, deteniendo el coche.

Pero al sentir el avión más alto y lejos dijo ella:

—¿Lo ve? Son los pilotos que practican...

Lower se confió más.

—Lo que tenemos que hacer es alejarnos... No se puede esperar a qué nos alcancen con los coches y ha debido ver pasar el coche hacia la carretera más de uno —dijo Zoraida.

Encendieron las luces y siguieron el camino.

—¡Ya han encendido otra vez, Mayor! —exclamó Tom—. ¿Están preparadas las bengalas? No podemos disparar sin saber si son ello...

—No hay duda, el hecho de apagar las luces al darse cuenta de que volamos sobre ellos lo indica de modo indudable.

—Voy a lanzarme en picado para acercarme a ellos. Lance la bengala.

Dick obedeció y, abriendo la escotilla de fondo, dejó caer la bengala encendida.

Una luz inmensa se extendió por el campo, alumbrando como el sol la carretera donde se detuvo el coche.

—¿Lo veis? —decía Lower en el interior del coche—. Lord Down ha sido piloto durante la guerra... Es él, no hay duda. Que no salga nadie...

—Está descendiendo el avión... Van a disparar sobre nosotros —gritaba el ayudante que salió del coche asustado para esconderse en la cuneta.

—¡Es el ayudante de Lower! Estaban los dos en casa de Zoraida —dijo Dick haciendo caer al mismo tiempo dos bombas de metralla.

Una de ellas cayó muy cerca del coche; la otra, un poco más lejos.

Pero era mucha metralla la que contenían.

El ayudante fue alcanzado en un brazo y gritaba como un condenado.

En el coche había un silencio absoluto.

El avión volvió a descender y cuando estaban a unas yardas nada más, una tercera bomba cayó en el centro del vehículo.

—Me parece que les cazó, Mayor... Falta el que se metió en la cuneta. Pero se habrá arrastrado y pegado al suelo; es muy difícil

verle.

El coche empezaba a arder a causa de la explosión.

Como no vieron salir a nadie supusieron que habían muerto los que estaban dentro.

Dieron por terminado el raid.

Y regresaron al aeródromo.



Las serpientes irguieron sus cabezas...

CAPÍTULO X

—Dick —llamó Jack a la puerta de su habitación. Dice el gobernador que vayas a su despacho.

Se levantó Dick y acudió a la cita.

—Han recogido al ayudante de Lower en la carretera. Estaba herido en un brazo. Dice que los otros han muerto. Ha hecho una declaración completa.

—¿Qué dice de Lower?

—Que era un loco. Estaba molesto con Inglaterra porque no le había nombrado gobernador y quería castigar a todos los ingleses... Por eso se alió con los del Mau-Mau y les decía cuándo iban los soldados a dar batidas y los lugares elegidos. Esa ha sido la causa de las bajas que hemos tenido... ¡Tenía que estar loco!

—¿Quién mató al policía?

—Zoraida... Era el agente de los Mau-Mau en esta ciudad. En su fumadero se guardaban las armas que recogían ellos. Lower fue el que mató a los detenidos.

—¡No lo creo! Eso es obra del ayudante... Lower se dejaría ver para que no sospecharan de él. Ahora le culpará de todo al otro...

—Es lo mismo... Hace poco que ha muerto... Ya ha pagado todo...

Dick quedó en silencio.

Se sentía un poco arrepentido de las muertes que había hecho, aunque con ellas hubiera prestado un buen servicio a Inglaterra.

—No creo que estuvieran ellos solos en la ciudad dijo el gobernador.

—Es posible...

—No, ellos no podían llevar armas ni nada de lo que han debido recibir. Ha de haber indígenas o quienes tengan indígenas a su servicio... He estado pensando mucho en ello... El jefe de policía está de acuerdo conmigo.

—Los más peligrosos eran los tres que han muerto... Los otros carecen de importancia. Son peones... Era Lower el que suponía un verdadero peligro y ha de ser cierto que estaba loco, porque solo así se puede explicar que un hombre de su clase haya descendido tanto en lo normal.

Maud se presentó para decir que volvían a casa.

—Es mucho lo que estamos abusando de la hospitalidad de

usted —dijo al gobernador.

—No debe agradecérmelo; lo hice en realidad por tener más tiempo a Dick a mi lado y que me ayudara en el asunto Lower hasta el final.

Maud se echó a reír.

—De todos modos... debe estar mi padre impaciente. No le gusta que me separe de él cuando estoy en África... Blanca y Jack han decidido venir conmigo.

—Yo he de hacer aún algo... —dijo Dick.

—Supongo a lo que te refieres —respondió ella—. Me gustaría ir contigo, pero ya sabes que mi padre no quiere que vuelva a la selva.

Entraron los otros dos jóvenes a despedirse y Dick marchó con ellos.

Les despidió en el aeropuerto y cuando regresaba a la ciudad, el coche que llevaba fue tiroteado.

El conductor resultó herido y por verdadero milagro no se estrellaron contra un árbol.

Miró Dick, sin que viera nada ni nadie.

Los disparos debieron ser hechos desde el suelo, por individuos ocultos en la vegetación.

Atendió al conductor, observando que por fortuna era una herida que carecía de gravedad.

Dick no dejaba de mirar hacia atrás para ver si descubría a alguien.

Y hasta llegar a la ciudad no dejó de pensar es ello.

Dio cuenta al gobernador del incidente y este le dijo:

—¿Te convences de que no estaban solos?

—Me gustaría conocer a los que han querido terminar conmigo. No son buenos tiradores y gracias a ello vivo.

—No se ha registrado todavía la documentación que Lower tenía en su despacho, aunque es de suponer que la recogiera cuando salió de este dispuesto a huir.

—Es posible que, en aquellos momentos de pánico, que tenía atrofiado su cerebro enfermo, olvidara algo que pudiera tener interés —dijo Dick.

El gobernador acompañó a Dick hasta el despacho que fue de Lower.

Y Dick fue repasando los papeles que había en la mesa y en carpetas, de un modo lento.

Pasó en el despacho todo aquel día y parte de la mañana siguiente.

Por fin encontró documentos en un doble fondo de uno de los

cajones, descubierto por casualidad.

Uno de esos papeles, que parecía no tener importancia, fue el que más llamó la atención porque no había razón alguna para que unas facturas estuvieran tan guardadas.

Correspondían a uno de los almacenes de la ciudad, propiedad de un hebreo que estaba muy bien relacionado con lo mejor de la sociedad.

Estuvo contemplando estas facturas durante mucho tiempo tratando de ver en ellas lo que no había escrito.

Las guardó en el bolsillo y salió del despacho para ir al del gobernador.

—¿Qué impresión tiene de Ben-Uite?

—¿El del almacén? Muy buena. Es el que sirve todo a esta casa. ¿Por qué?

Dick explicó lo del cajón con doble fondo y la aparición allí de unas facturas inocentes en apariencia.

Revisó el gobernador las facturas y dijo:

—No comprendo por qué Lower tenía en su poder estas facturas... No era el encargado de ellas ni de pagar un solo penique.

—Pues la factura está a nombre de él...

—Eso es lo que me sorprende... Será conveniente que visites a ese comerciante. Si lo hace la policía, puede disgustarse...

Dick, al recordar los disparos que le habían hecho, se ofreció complacido para hacer la investigación en casa de Ben-Uite.

Y como esperaba la llamada del jefe de los Fusileros para ir al palacio de M'Bío, no quiso perder mucho tiempo.

Ya en la calle, se encontró con Tom que iba a buscarle para saber si había algo del viaje a la selva.

Dick le pidió que le acompañara.

Por el camino le fue dando cuenta de lo que pasaba.

—¡Cuidado con ese hebreo! —dijo Tom—. Se me llevó todo el dinero de que disponía al llegar aquí. ¡No me gusta su aspecto! Es demasiado amable para ser sincero.

—¿No sabes si tiene relación con los indígenas?

—Puede que sí, porque vende de todo...

Palabras que hicieron abrir los ojos a Dick.

—¿Vende de todo? —repitió Dick como un eco—. ¡Está claro! Es el que trae las armas que se entregan a los Mau-Mau... Lower las recogía, pasaban a casa de Zoraida y de allí a los interesados... ¡Es la pieza que faltaba!

—Déjeme Mayor, que sea yo el que hable con él. Dick no podía tener inconveniente alguno en ello. Al entrar en el revuelto

comercio, Ben-Uite les miraba tras sus gafas de oro.

Dick, que estaba pendiente de él, se dijo que era un típico rostro de «póker». Había la mayor indiferencia en la mirada.

Respondió con un gruñido al saludo de ambos.

—¡No me interesan tus célebres alhajas si vienes a pedirme otra vez ayuda...!

Y dicho esto, el hebreo dio la espalda a los dos, para ordenar ciertos artículos.

—¡No vengo a pedirle ayuda para eso...! —Se disculpó Tom muy sereno—. Vengo a reclamar una mercancía que ha cobrado sin entregarla...

Se volvió el hebreo interesado.

—¿De veras? —dijo un poco burlón.

—Sí. No crea que la muerte de Lower le va a librar de hacer la entrega de ello...

—Lower era amigo mío, pero no comerciaba con él.

—¿Por qué ha mandado que me mataran? —preguntó Dick.

—Nada tengo contra usted, milord...

—¡Vaya! ¡Si resulta que le conoce, Mayor! —dijo Tom—. Y parecía que no le había visto nunca...

—Es muy conocido en la ciudad el amigo del gobernador...

—¿Cuántos rifles hay preparados para el Mau-Mau? —inquirió Tom.

El hebreo tardó en responder; estaba asustado.

—Muerta Zoraida, yo puedo llevarlos si lo paga bien... Ha sido una desgracia para cierto comerciante que el ayudante de Lower no muriera en el acto y haya hablado tanto... El Mayor se ha anticipado a la policía para tratar de ayudarle, porque yo se lo he pedido... Hay documentos que le comprometen... Solo pide el Mayor, a cambio de esa pequeña ayuda, que nos diga quién es el que lleva las armas y de dónde llegan...

—Yo... no... sé... na... da... Hice algunos favores a Lower, pero me negué a darle las armas que me pedía... Sabía que era peligroso, aunque se ganara dinero en abundancia...

—¡Está bien! La policía no le va a tratar así... El Mayor le iba a permitir que escapara...

—¿Eso es de veras? ¡Estoy asustado! No he debido meterme en ese jaleo. Me metió en él Lower... Yo creo que estaba loco. Odiaba todo lo que era inglés. ¿Me permite que escape si hablo?

—Sí —dijo Dick.

El hebreo empezó a hablar con rapidez y a dar nombres y cifras.

—Voy a recoger el dinero que tengo en este cajón y marcharé

enseguida...

Fue Tom el que se dio cuenta de la traición, cayendo sobre el hebreo con las dos manos enlazadas y golpeándole en la nuca.

—¡Cobarde! ¡Iba a matarnos con ese revólver que ya había cogido...!

Dick comprobó que era cierto lo que Tom decía y cuando se inclinó para ayudar a que se levantara el caído, dijo Tom:

—No se preocupe... No se levantará más... ¡Está muerto!

Dick pudo confirmar que era cierto.

—Y todos los nombres que nos ha dado, son verídicos. Habló por si sabíamos algo, para confiarnos. No le importaba decir la verdad, pues confiaba en matarnos antes de que pudiéramos hacer uso del conocimiento.

También ahora estuvo Dick de acuerdo con Tom.

—¡Mayor! Una cosa me preocupa hace días... ¿Por qué me pidió que volara con usted si el que era aviador para usted es Harry?

—Porque Harry Dover, lo eres tú... Recordé tu rostro en el acto. No creas que me engañasteis... Me dejé engañar, que no es lo mismo. Un día reñimos en la base, ¿no te acuerdas?

—Perfectamente... Creí que no se acordaría de mí.

—¿Por qué le hiciste llamarse a Tom con tu nombre?

—Para pasar la prueba y estar tranquilo... ¡me ha engañado!

Y los dos se echaron a reír.

Salieron y Dick marchó a la policía para comunicar lo que el hebreo había facilitado.

Eran nombres en los que el jefe de policía no podía creer.

Pero Dick, que le explicó la forma en que lo había sabido, insistió en que eran ciertos.

—Así empieza uno a comprender los fracasos habidos frente a esos rebeldes.

—Ignoran, por avaricia u odio, que también les llegaría su día. No les iban a perdonar a ellos...

El gobernador mostró también su extrañeza, pero no dijo que no fuera posible. Después de la culpabilidad de Lower, tenía que creer lo que le dijeran.

Y horas más tarde tenía la seguridad más absoluta de que era cierto lo que el hebreo había dicho.

—No era solo que pensaba matarles... —dijo el policía a Dick—. Es que temió no poder conseguir su propósito y que quedaran sin castigo sus cómplices, quizá porque creyera que le habían denunciado ellos.

Nada respondió Dick.

El jefe de los Fusileros se presentó en palacio para decir a Dick que ya habían regresado sus hombres y que podían ir al palacio del gran sultán.

Dick le pidió permiso para que Tom y Harry fueran con él.

Añadió que irían vestidos de soldados para no llamar la atención.

Y el militar no se opuso.

Dick llamó a los dos amigos y estos marcharon al cuartel para equiparse.

CAPÍTULO XI

Pronto se granjearon la simpatía de los otros soldados.

Harry, especialmente, que hablaba el árabe perfectamente y la mayoría de ellos eran suhailis, se captó la amistad de los soldados.

La marcha a través de la selva, cuando llegaron a ella, resultó muy lenta.

No tuvieron incidentes de importancia, si se exceptúa los ataques de las hormigas, que hacían reír a Harry, quien, por llevar el cuerpo untado con el insecticida de Dick, le respetaron estas, haciendo creer a los soldados que era un don sobrenatural que tenía.

Los sencillos soldados tenían que creerlo porque no veían una hormiga sobre él.

Conversando con Dick en uno de los descansos, le dijo:

—¿Ha pensado alguna vez, Mayor, en lo que pasaría si la Muerte parara su función equilibradora por un siglo nada más?

—No se me ha ocurrido pensar en ello.

—La capacidad reproductora de los seres es inmensa y estas hormigas, de no existir aves y otros enemigos, serían las dueñas de África de modo absoluto.

El jefe de los Fusileros sonreía oyendo a Harry.

—Las plantas también se reproducen a una velocidad y cantidad asombrosas. Imagínense el número 77 seguido de 33 ceros. Es un número inaccesible a nuestra mente, ¿verdad? Pues según los cálculos dignos de consideración, equivale a la cantidad de plantas que existirían sobre la Tierra si todas las simientes producidas en una sola estación, por una sola planta, por ejemplo, el común clavel silvestre, germinasen y se reprodujesen a su vez en un ciclo de diez años. Suele suceder que los gérmenes más sencillos son los que dan pruebas de la más prodigiosa fecundidad, reproduciéndose rapidísimamente. Ustedes saben que en algunos países la fantasía popular denomina nieve roja a un fenómeno que no comprenden y que es debido al protococo, que se desarrolla y multiplica con la rapidez necesaria para teñir de rojo en una sola noche vastísimos terrenos.

—Es usted un hombre interesante —dijo el Fusilero.

—Hace años —siguió Harry— causaron sensación en todo el mundo los cálculos de un brillante divulgador inglés, al traducir en

datos extraordinarios el poder de reproducción de los seres vivientes más conocidos... Por ejemplo, la pequeña mosca verde, tan conocida de todos los amantes de las flores por ser peligrosa a su cultivo, puede reproducir 25 cada 24 horas. Dos días más tarde, habían nacido 25x25. Si la reproducción se perpetuara íntegramente, a la décima generación, o sea, a los diez días, la producción total se compondría de 29 cifras. El peso de todas las nuevas moscas generadas equivaldría al de todo el género humano que hoy vive sobre la Tierra.

—¡Curiosísimo! —exclamó Dick.

—Si cada amapola produjese 50 semillas al año y todas fecundasen, en solo nueve años todo el globo quedaría cubierto de una densa alfombra de amapolas, de la que no podría surgir a la luz ninguna otra planta.

—Son datos que no había oído nunca —dijo el Fusilero.

—La primacía de la fecundidad, poco simpática, por cierto, es detentada por la mosca común. Una sola hembra de estos insectos produce unos 20 millones en una estación. Solo la supera el bacalao, que hace una postura de ocho a nueve mil millones de huevos cada vez. De un solo bacalao, por consiguiente, se obtendrían en tres años nada menos que 40 trillones de ellos. Una pareja de pájaros de mediana fecundidad anual daría, en 15 años, cerca de dos mil millones de nuevos representantes de la especie.

—Parece fantasía —objetó Dick.

—Pues son cálculos de los científicos, no míos. La araña puede poner de una vez hasta 700 huevos... El más tardío reproductor, según Darwin, es el elefante, que empieza a hacerlo a partir de la edad de 30 años hasta los 90 y solo seis individuos. De este modo, de una pareja podrían obtenerse 15 millones de elefantes en cinco siglos.

—Tal vez sea esa la razón por la que se limita la muerte de estos animales en esta zona —dijo el militar.

—Y si consideramos la capacidad reproductiva del hombre dada la lentitud en este caso de procreación, el cálculo resulta bastante sencillo. Si la vida triunfase sobre la muerte, el género humano se duplicaría en 25 años. Y si la muerte no existiese durante un siglo, a mediados del año 3000 toda la superficie de la Tierra estaría cubierta de seres humanos, imposibilitados de moverse y de vivir, por hallarse los cuerpos en estrecho contacto físico. De donde resulta que se hallarían colmados los abismos del mar por los peces, los espacios atmosféricos invadidos por una masa compacta de pájaros que no podrían volar, la Tierra saturada de seres y plantas

vivientes en un pavoroso e inextricable embrollo... El equilibrio dinámico del planeta quedaría tal vez alterado y un cataclismo cósmico seguiría a los monstruosos resultados de una anarquía multiplicadora hasta el infinito de células y organismos.

Los que escuchaban, permanecieron en silencio.

—No se puede detener la marcha de la Muerte —añadió Harry—, pues de ser esto posible, encontraríamos al final la Muerte fatalmente, bajo formas más vastas y terribles. Pero, por fortuna, por cada ataúd que baja a la tumba, florece una cuna. Solo para conservar el don de la vida, la Naturaleza mata inexorablemente¹.

Dick y el militar se miraron y al marcharse Harry, dijo el primero:

—Es un tipo muy interesante...

—Y muy culto —añadió el otro.

* * *

El gran sultán les recibió con satisfacción en el rostro y calor en las palabras.

Sabía lo que había pasado en los sultanatos siervos de él y trataba de ser agradable a quienes sabían sancionar tan duramente.

Harry se perdió por el palacio, en busca del lugar en que tenía guardadas las joyas de la Griega y protegidas por las cobras.

Sabía el lugar exacto por habérselo indicado uno de los sirvientes del sultán, que estuvo con él en la selva en uno de los intentos anteriores.

Pero sabía que había un resorte que hacía bajar el suelo en que se hallaban las serpientes, facilitando así el que pudiera llegarse a la caja que las guardaba sin el peligro de ellas.

Esto era difícil de descubrir en una visita tan rápida como la que podría hacer.

Había el peligro de que le descubrieran en esa parte del palacio. Pero siempre podría disculparse diciendo que se había extraviado.

Para llegar a la parte en que se guardaban las joyas, tenía que cruzar un patio de naranjos cultivados con esmero.

Se veían pabellones de arquitectura puramente árabe, que le recordaban su tierra y las ciudades del Norte de África.

Cuando cruzaba el patio oyó voces femeninas que salían de uno de los pabellones.

Su sorpresa fue enorme al asomarse con cuidado a una de las ventanas.

Había muchas mujeres, hermosas y blancas todas ellas.

En una especie de tribuna, se hallaba una hermosísima, y contuvo un grito de sorpresa y de rabia.

Esta mujer tan hermosa, lucía las joyas de la Griega.

Y no había medio de entrar a por ellas. Suponía perder la vida a manos de los guardianes que habían de estar en la otra parte, para no conseguir nada.

Varios años de su vida dedicados a una empresa que resultaba, al final de muchos peligros y vicisitudes, impracticable.

Las lágrimas rebeldes aparecieron en sus ojos.

Retrocedió, y buscando a Dick, le dijo lo que había visto.

Dick habló con el jefe de los Fusileros.

Y después de la solemne fiesta, a la que acudió la favorita, ataviada con sus joyas, Dick abrió los ojos asombrado.

Y pidió al jefe de los Fusileros que se ausentara de la fiesta.

Entonces, habló con los otros jefes y, de pronto, los Fusileros, encañonando a todos, les contuvieron, mientras Harry, que había recibido instrucciones de Dick, hacia que la favorita abandonara la fiesta.

De este modo trataba de hacer ver que era la mujer lo que interesaba.

El gran sultán y su hijo estaban furiosos.

Les contenía el miedo a los fusiles ametralladores que empuñaban los soldados.

Dick dijo:

—Este es el castigo que te damos por ayudar al Mau-Mau según declaración de Lower... La próxima vez que nos enteremos que sigues prestándoles ayuda, tu pueblo será arrasado por los pájaros de la muerte, como hicimos con otros poblados que tú sabes.

Los relatos que habían hecho a M'Bío de la destrucción por los aviones, le infundieron un miedo cerval.

—Puedes llevarte a la mujer —dijo el gran sultán—, pero devuélveme las joyas que lleva...

Dick no respondió.

Por orden de Dick, los aviones volarían por allí cuando calculasen que habían llegado, y como el jefe de los Fusileros sabía la distancia y el tiempo, quedaron de acuerdo en la fecha en que debían hacerlo.

Esa era la causa de que el ruido de muchos motores tronara en el palacio en esos momentos.

Corrieron todos a las ventanas para saber la causa de ese ruido que se acercaba.

Siguiendo las instrucciones que daban los aparatos de radio

portátiles de los Fusileros, los aviones hicieron una demostración de su fuerza destructiva, dejando caer unas bombas en las proximidades de palacio.

Esto era más que suficiente para calmar al sultán.

La favorita había sido raptada muy lejos de allí, de una de las caravanas que iban a la Meca.

Estaba contenta del rapto...

Harry contemplaba las joyas sin prestar crédito a sus ojos.

Dick obtuvo varias fotografías de ellas.

Y las entregó, como había prometido, a Harry, que se quedó con ellas.

EPÍLOGO

—¿Has leído la noticia? —preguntó Maud a su esposo.

—No sé a qué te refieres.

—Al éxito inmenso de tu libro sobre la Griega. Dicen que él ha hecho que las joyas hayan sido entregadas ayer al museo de El Cairo por un egipcio que las poseía y que dedicó parte de su vida a conseguirlas.

—¿Harry?

—El mismo. Las ha entregado... Y eso que no tenía dinero.

—Quiere mucho a su pueblo y está orgulloso de su historia... Confieso que es lo que esperaba sucediera. Trataré de que le admitan en una Compañía de Navegación Aérea. Es su ilusión...

—Llegaste tarde. Le han nombrado capitán de Aviación en su país...

—Me alegro...

Fueron interrumpidos para entregarles un cable que había llegado en ese momento.

Era de Harry, quien en él daba cuenta de lo que decía la Prensa y le daba las gracias una vez más por haberle cedido esas joyas.

Blanca era feliz con su esposo en Escocia.

Este había pedido a Dick que no dijera dónde estaba ella en su libro.

Y el amigo le había complacido con agrado.

FIN

*Aquel aviso constituyó
la misión más impor-
tante realizada por el
agente John Granger:*

*¡Debía evitar el aten-
tado que se preparaba
contra el presidente de
Liberia!*



Así se inicia la más apasionante novela de aventuras
que usted ha leído hasta la fecha

ATENTADO EN AFRICA

Un título que proporcionará un nuevo éxito a su
autor, el famoso

KEITH LUGER

por la originalidad del tema y el dinamismo extra-
ordinario con que ha sido tratado

ATENTADO EN AFRICA

*¡La vida de un hombre y la paz de una nación pen-
dientes de la decisión de un asesino!*

Adquiera este relato la próxima semana, en la for-
midable

COLECCION CONGO

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"

423 — A. Rolcest

RAYO ERRANTE

COLECCION "BUFALO"

122 — Cliff. Bradley

CAMARADAS ERRANTES

COLECCION "CONGO"

16 — L. Estefanía

LA HIJA DE LA MAGIA

COLECCION "PANTERA"

59 — Tex Taylor

UN HOMBRE DE LUCHA

COL. "SERVICIO SECRETO"

200 — Keith Luger

LAS RUBIAS MUEREN ASI

COLECCION "POPULAR"

CONOZCASE A SI MISMO

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

484 — Carlos de Santander

ALMAS SALVAJES

COLEC. "MADREPERLA"

380 — Eva Fernán

CAMINOS BORRASCOSOS

COLECCION "ROSAURA"

324 — Lucila Mataix

BURBUJAS

COLECCION "AMAPOLA"

210 — María Teresa Sesé

DOÑA PERGAMINOS

COLECCION "ALONDRA"

163 — Armando Sandoval

CAMINOS DEL MUNDO

COLECCION "CAMELIA"

104 — Fernán Puchades

EL HOMBRE DEL VALLE

COLECCION "ORQUIDEA"

74 — Sergio Duval

LA INDOMABLE

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Proyecto, 2 - Barcelona " Hipólito Irigoyen, 46 - Buenos Aires



La más decisiva y sensacional oportunidad de su vida, se la ofrece:

RADIO MONTAJES

que en su volumen número 10 le brinda la ocasión de construir el maravilloso receptor BAGDAD superheterodino universal de cuatro válvulas americanas y rectificador de óxido

RADIO MONTAJES

en su nuevo volumen, le ofrece además un interesantísimo contenido:

Amplificador de 10 w. de elevada fidelidad; antena de cuadro a directividad variable; fuente de alimentación sector para aparato a pilas, etc.

RADIO MONTAJES

¡Un libro para todos y un contenido para cada especialidad!

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

Precio de venta: 15 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



Usted puede y debe superarse constantemente. Nada mejor para ello que conocer bien sus propias cualidades y defectos.

Responda con sinceridad a los sencillos tests que aparecen en el nuevo volumen de la celeberrima

COLECCION POPULAR

y podrá así incrementar sus cualidades y corregir sus defectos.

CONOZCASE A SI MISMO

Es el título de este volumen que debe tener bien presente, porque con su ayuda logrará los éxitos que tanto desca obtener.

CONOZCASE A SI MISMO

a aparecido esta misma semana en la famosa

COLECCION POPULAR

¡No lo olvide!

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¿Desea usted vivir muchos años gozando de una salud a toda prueba?

Precisa conocer

ALIMENTACION RACIONAL



Así se titula el volumen número 11 de la famosa

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

Conozca usted las propiedades vitamínicas de los alimentos y seleccione así los que más convengan a su salud

Esto lo logrará de manera fácil y cómoda, leyendo

ALIMENTACION RACIONAL

Un título que

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

le ofrece con sus habituales garantías

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

Precio de venta: 15 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

**UNITED ARTISTS
C. B. FILMS**

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**

TRES FIRMAS DE PRESTIGIO, UNIDAS

para ofrecer al público, una obra maestra en sus
versiones literaria y cinematográfica

NO SERAS UN EXTRAÑO

La novela que ha batido el record de ventas en
Estados Unidos, el pasado año y la película más
admirada de los últimos tiempos.

NO SERAS UN EXTRAÑO

La obra maestra de

MORTON THOMPSON

es un girón de la vida misma, reflejada con el
más completo y asombroso verismo.



**LUCAS Y
KRISTINA**

son su pareja protago-
nista. Un matrimonio
unido en la profesión y
distanciado en sus sen-
timientos, para quienes
la felicidad era
desconocida



NO SERAS UN EXTRAÑO

¡Una novela que nadie puede dejar de leer!

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



Kim Novak

N.º 216 En realidad se llama Marilyn Novak, y nació en Chicago hace 21 años. Procede de la danza y de la radio. También fué modelo. Debutó en el cine con la película "La casa número 322". Foto COLUMBIA FILMS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 . ptas . Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$ 3'50

Notas

[←1]

Datos y cálculos estrictamente científicos y exactos.